

¿O estaba casado? ¿Era la cita una de aquellas que se llaman «clandestinas»? ¿Tendría lugar aquella cita a plena luz del día? ¿Por qué no, en ciertas circunstancias?

Terens así lo esperaba. Si la muchacha tenía cita con un hombre casado, no se daría prisa en señalar su ausencia. Pensaría más bien que no había podido dejar a su mujer... Eso le daría tiempo.

No, no era verdad. Los chiquillos, jugando al escondite, tropezarían con los restos y saldrían gritando. Tenía que ocurrir antes de las veinticuatro horas.

Volvió una vez más al contenido de los bolsillos. Un carnet de piloto de yate. Lo hizo a un lado. Todos los sarkitas ricos tenían yate y lo pilotaban. Era la locura del siglo. Finalmente, algunos talones de una cuenta corriente de un banco listos podían utilizarse temporalmente.

Entonces recordó que no había comido desde la noche anterior, en la panadería. ¡Con qué rapidez se da una cuenta de que tiene hambre!

Volvió a examinar el título de piloto de yate. Un momento... Con la muerte de su dueño, el yate no estaba en uso ahora... y era su yate. Estaba amarrado en la sección 26, puerto 9. Bien...

¿Dónde estaría puerto 9? No tenía la menor idea... Apoyó su frente sobre la frescura de la barandilla del estanque. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer ahora? Una voz le produjo un sobresalto.

-¡Hola! ¿Está usted enfermo?

Terens levantó la cabeza. Era un Noble anciano. Fumaba un largo cigarrillo de una hierba aromática y de su muñeca pendía, al final de una cadena de oro, una especie de piedra verde. Tenía una expresión de amabilidad que de momento dejó a Terens sorprendido, hasta que recordó que también él pertenecía a su clase social ahora. Los Nobles eran seres humanos decentes y educados entre ellos.

-Estaba descansando -respondió Terens-. Decidí dar un paseo y he perdido la noción del tiempo. Ya es tarde para asistir a una cita que tenía.

Movió la mano con un gesto de indiferencia. Gracias a su larga asociación con los sarkitas podía imitar bastante bien su acento, pero no cometió el error de exagerarlo. Era más fácil descubrir la exageración que la insuficiencia.

-Nos hemos quedado sin skeeter, ¿eh? -dijo el otro como si le divirtiese la locura de la juventud.

-No tengo skeeter -confesó Terens.

-Tome el mío -le ofreció el otro en el acto-. Está aparcado en la misma puerta. Fije los controles y vuelva a enviármelo cuando haya terminado. No lo necesitaré hasta dentro de una hora o cosa así.

Para Terens eso era casi ideal. El tipo de skeeter que le ofrecía era capaz de batir a todos los vehículos terrestres utilizados por los patrulleros. Lo único que le impedía llegar a este ideal era que Terens era tan incapaz de conducir un skeeter como de volar sin él.

-No vale la pena. Iré a pie. No está lejos Puerto 9.

-No, no está lejos -asintió el otro.

Esto dejó a Terens como antes. Probó de nuevo.

-Desde luego preferiría que estuviese más cerca. Ir hasta Kyrth Highway ya es hacer bastante salud.

-¿Kyrth Highway? ¿Qué tiene que ver Kyrth Highway con eso?

¿No le estaba mirando de una manera curiosa? A Terens se le ocurrió de repente pensar que las ropas podían no caerle bien. Rápidamente, dijo: .

-Pues... me he extraviado un poco, andando. Veamos dónde estoy...

-Mire. Está en Recket Road. No tiene más que bajar hasta Tiffis y tomar a la izquierda, después sigue hasta el puerto. -Había ido señalando automáticamente.

-Tiene razón -dijo Terens sonriendo-. Voy a tener que dejar de soñar tanto y pensar más.

-De todos modos puede usted usar mi skeeter .

-Muy amable, pero...

Terens se alejaba ya, caminando quizá demasiado de prisa, despidiéndose con la mano. El Noble se quedó mirándole.

Quizá mañana, cuando encontrasen los restos del muerto, aquel caballero recordaría la conversación. Probablemente diría: «Hablaba de una manera extraña y no parecía saber dónde estaba. Juraría que no había oído hablar nunca de Tiffis Avenue»

Pero eso sería mañana.

Echó a andar en la dirección que el Noble le había indicado. Llegó al iluminado letrero de «Tiffis Avenue», casi pálido comparado con el iridiscente edificio anaranjado que formaba su fondo. Tomó a la izquierda.

Puerto 9 estaba animadísimo, con toda la juventud vestida con el uniforme de yachtman, que consistía principalmente en una gorra de alta visera y unos pantalones muy amplios en las caderas. Terens se sentía extraño, pero nadie se fijó en él. El aire estaba saturado de conversaciones en voz alta y salpicadas de expresiones que no entendía.

Encontró la sección 26, pero esperó un momento antes de acercarse. No quería que hubiese cerca de él ningún Noble, nadie que fuese dueño de un yate vecino del suyo y que conociese a Alstare Deamone y pudiese extrañarse de lo que pudiera hacer un desconocido por allí.

Finalmente, cuando vio los dos lados aparentemente seguros, avanzó. La proa del yate asomaba fuera de la casilla hacia el campo abierto, sobre el cual descansaban los dos lados. Avanzó el cuello para asomarse al interior. ¿Y ahora?

Había matado a tres hombres durante las últimas doce horas. Había ascendido de Edil floriniano a patrullero, de patrullero a Noble. Había venido de Ciudad Baja a Ciudad Alta, ya un puerto del espacio. Desde todos los puntos de vista, según todas las normas, era dueño de un yate, una nave suficientemente capaz de llevarle a cualquier mundo habitado de este sector de la Galaxia.

No había más que un obstáculo:

Era incapaz de tripular un yate del espacio.

Estaba cansado hasta los huesos y tenía un hambre feroz. Había llegado hasta allí, y ahora no podía ir más lejos. Estaba en el borde del espacio, pero no había manera de pasar de ese borde.

En aquellos momentos los patrulleros debían haber decidido ya que el fugitivo no estaba en Ciudad Baja. Se volverían hacia Ciudad Alta en cuanto se hubiesen podido meter en sus duros cerebros lo que era capaz de hacer un floriniano. Entonces podían encontrar el cuerpo y tomar una nueva orientación. Buscarían a un Noble impostor. Así estaba. Había llegado al extremo de un callejón sin salida y de espaldas al extremo cerrado sólo podía esperar a que los débiles rumores de la persecución aumentasen en intensidad y los sabuesos se arrojasen sobre él.

Treinta y seis horas antes la gran oportunidad de su vida había estado en sus manos. Ahora la oportunidad había desaparecido y su vida no tardaría en seguir su camino.

## 11

### El capitán

Era la primera vez, verdaderamente, que el capitán Racety se había visto incapaz de imponer su voluntad sobre un pasajero. De haber sido el pasajero uno de los Grandes Nobles, hubiese incluso podido contar con una colaboración. Un Gran Señor podía ser todopoderoso en su continente, pero en una nave hubiera tenido que reconocer que sólo podía haber un dueño, el capitán.

Una mujer era diferente. Cualquier mujer. y una mujer que era hija de un Gran Señor era completamente imposible.

-Milady -dijo-, ¿cómo puedo permitirle entrevistarlos en privado?

Samia de Fife, echando chispas por los ojos, respondió secamente:

-¿Por que no? ¿Van armados, capitán?

-No, desde luego. No es éste el caso.

Cualquiera puede ver que no son más que dos desgraciados seres asustados. Tienen un miedo cerval.

-La gente asustada puede ser peligrosa, milady. No se puede contar con que obren razonablemente.

-Entonces, ¿por que deja que sigan asustados? -Tenía un ligero balbuceo cuando estaba irritada-. Tiene usted tres tremendos marineros armados vigilándoles, pobre gen. te. Capitán, no olvidaré esto.

No, no lo olvidaría, pensó el capitán. Se daba cuenta de que empezaba a ceder.

-Si milady quisiese decirme exactamente qué es lo que desea.

-Es muy sencillo. Ya se lo he dicho. Quiero hablar con ellos. Si son florinianos, como me ha dicho usted, puedo conseguir de ellos información de gran valor para mi libro. Pero eso es imposible, desde luego, si tienen miedo de hablar. Si pudiese estar a solas con ellos sería magnífico. ¡Sola, capitán! ¿No puede usted entender esta palabra? ¡Sola!

-¿Y qué diría su padre, milady, si se enterara de que la he dejado sola y sin protección con dos desesperados criminales?

-¡Desesperados criminales! ¡Oh, Señor del Espacio! ¡Dos pobres infelices que tratan de huir de su planeta y no se les ocurre más que meterse en una nave destinada a Sark! Por otra parte, ¿por qué tiene que saberlo mi padre?

-Si le hacen daño, lo sabrá.

-¿Y por qué tienen que hacerme daño? -Su diminuto puño se cerraba agitándose amenazador mientras ponía toda la fuerza de que era capaz en su voz-. ¡Se lo *exijo*, capitán!

-¿Qué le parece este término medio, milady? -dijo el capitán Racety-. Estaré presente. No seré como tres marineros armados. Seré sólo un hombre sin armas a la vista. De lo contrario... -ya su vez puso toda su resolución en la voz-, tengo que negarme.

-Muy bien, entonces -dijo ella sin voz-. Muy bien. Pero si no consigo hacerles hablar por causa de su presencia, me ocuparé personalmente de que no mande usted más naves.

Valona puso rápidamente su mano delante de los ojos de Rik en el momento en que Samia entraba.

-¿Qué le pasa, muchacha? -dijo Samia secamente antes de recordar que tenía que hablarles suavemente.

Valona hablaba con dificultad.

-No está muy bien, lady -dijo-. Podía no saber que era usted una lady. Hubiera podido mirarla. Sin ánimo de hacerle daño, quiero decir, lady.

-¡Oh, Dios mío! ¡Déjele que me mire! -dijo Samia-. ¿Tenemos que quedarnos aquí, capitán?

-¿Preferiría usted un camarote de lujo, milady? -Seguramente podría procurarnos -algo menos sórdido que esto...

-Es sórdido para usted, milady. Para ellos estoy seguro de que es lujo. Tienen agua corriente. Pregúnteles si la tenían en su choza de Florina.

-Bien, diga a estos hombres que se marchen.

El capitán les hizo un gesto. Dieron media vuelta y salieron del recinto. El capitán instaló la silla ligera de aluminio plegable que había traído. Samia la cogió. Dirigiéndose a Rik y Valona, el capitán les dijo:

-¡Levántense!

-¡No! -interrumpió Samia en el acto-. Que sigan sentados. No intervenga, capitán. ¿Conque es usted una muchacha de Florina? -preguntó dirigiéndose a Valona.

-Somos de Wotex -dijo la muchacha moviendo la cabeza.

-No tiene usted nada que temer. Nadie les hará daño. No tiene importancia que sean de Florina.

-Somos de Wotex.

-Pero ¿no comprendes que prácticamente has reconocido que sois de Florina? ¿Por qué has tapado los ojos de este muchacho?

-No tiene derecho a mirar a una dama.

-¿Incluso los de Wotex?

Valona permaneció silenciosa. Samia la dejó que pensase. Trató de sonreírle amistosamente. Después dijo:

-Sólo los florinianos no tienen derecho a mirar a las damas. Ya ves que has reconocido que sois de Florina.

-¡El, no! -saltó Valona.

-¿Y tú?

-Yo, sí. Pero él no. No le hagan nada. No es floriniano, de verdad. Sólo le encontraron allí un día. No sé de dónde viene, pero no es floriniano.

Hablaba casi con animación. Samia la miró con cierta sorpresa.

-Bien, hablaré con él. ¿Cómo te llamas, muchacho?

Rik la estaba mirando. ¿Era aquél el aspecto de las mujeres Nobles? Tan pequeña, y de aspecto amistoso, y olía tan bien... Se alegraba mucho de que le hubiese permitido mirarla.

-¿Cómo te llamas? -repitió Samia.

Rik volvió a la realidad, pero le fue imposible articular una sílaba.

-Rik -dijo finalmente. Después pensó: «No, éste no es mi nombre». Pero dijo:- Me parece que es Rik.

-¿No lo sabes?

Valona, ya desaparecido su temor, trató de hablar, pero Samia interpuso una mano conteniéndola.

-No lo sé -dijo Rik moviendo la cabeza. -¿Eres de Florina?

-No, estaba en una nave -dijo Rik, esta vez categórico-, Vine aquí desde algún otro sitio. -No podía apartar la vista de Samia, pero parecía darse cuenta de que coexistía en la nave con ella. Una nave muy agradable y hospitalaria, además... Llegué a Florina en una nave, pero antes vivía en un planeta.

-¿Qué planeta?

Era como si la idea se abriese paso a la fuerza y dolorosamente por unos canales del cerebro demasiado angostos. Entonces Rik recordó, y quedó deleitado con el sonido de su voz, tan largo tiempo olvidada;

-¡Tierra! ¡Vine de Tierra!

-¿Tierra?

Rik asintió y Samia se volvió hacia el capitán.

-¿Dónde está ese planeta Tierra?

-No había oído hablar nunca de él -dijo el capitán con una leve sonrisa-. No se tome a este hombre demasiado en serio, milady. Un indígena miente como respira. Es natural en él. Dice lo primero que le pasa por la cabeza.

-No habla como un indígena. ¿Dónde está Tierra, Rik? -dijo volviéndose hacia él.

-Es... -Se detuvo y se llevó una mano temblorosa a la frente. Después dijo:- En el sector de Sirio... -El tono de la afirmación era casi una pregunta. Samia se volvió hacia el capitán:

-Existe un Sector de Sirio, ¿verdad?

-Sí, existe. Pero me asombra que en eso tenga razón. De todos modos, no hace más real la existencia de Tierra.

-Pero existe. Se lo digo, lo recuerdo -dijo Rik con vehemencia-. Hace tanto tiempo que lo he recordado... no puedo equivocarme ahora. No puedo... -Se volvió, cogió a Valona por los codos, tirando de sus mangas- ¡Valona, díles que vengo de Tierra! ¡Sí, sí!

-Lo encontramos un día, lady, y había perdido la cabeza -dijo Valona con los ojos abiertos por la inquietud-. No podía vestirse, ni hablar ni andar. No era nadie. Desde entonces va recordando poco a poco. Hasta ahora todo lo que ha ido recordando ha sido así. -Dirigió una rápida mirada al rostro contrariado del capitán-. Puede muy bien haber venido de Tierra, señor. No quiero contradecirle.

La última frase era de un convencionalismo largo tiempo establecido y seguía a cualquier afirmación que pudiese parecer en contradicción con una opinión manifestada por un superior .

-Por las pruebas que tenemos lo mismo puede venir del centro de Sark -gruñó el capitán.

-Sin duda, pero en todo esto hay algo extraño -respondió Samia situándose, como buena mujer, del lado del romanticismo-. Estoy segura... ¿y cómo estaba tan desesperado cuando lo encontraste, muchacha? ¿Estaba herido?

Valona no contestó de momento. Su mirada se posaba incierta en un lado a otro. Primero miró a Rik, que se agarraba el cabello con los dedos, después al capitán, que esbozaba una sonrisa forzada; finalmente a Samia, que estaba esperando.

-Contéstame, muchacha -dijo Samia.

Para Valona representaba una dura decisión, pero en aquellas circunstancias no creía concebible inventar una mentira que pudiese sustituir a la verdad.

-Un doctor lo visitó una vez... Dijo que le habían..., et..., psicoprobado.

-¡Psicoprobado! -exclamó Samia con una oleada de repulsión que recorrió todo su cuerpo. Alejó su silla, que produjo un chirrido contra el suelo de metal-. ¿Quieres decir que era psicótico?

-No sé qué quiere decir, lady -dijo humildemente Valona.

-No en el sentido que está usted pensando, milady -dijo el capitán casi simultáneamente-. Los indígenas no son psicóticos. Sus necesidades y deseos son demasiado simples. No he oído hablar jamás de un indígena psicótico.

-Pero, entonces...

-Es muy sencillo, milady. Si aceptamos la fantástica teoría que la muchacha nos cuenta, sólo podemos llegar a la conclusión de que este muchacho había sido un criminal, lo cual es una forma de ser psicótico. Si es así, debieron tratarle uno de esos chillados que practican entre los indígenas, casi lo mataron, y le largaron a una sección desierta para evitar ser descubiertos y perseguidos.

-Pero tenía que haber alguien capaz de hacer la psicoprueba -protestó Samia-. No esperará usted que los indígenas sean capaces de hacerlo...

-Quizá no. Pero en este caso tampoco podemos suponer que un médico autorizado lo hiciese de forma tan inexperta. El hecho de que lleguemos a una contradicción demuestra que la historia es falsa del principio al final. Si quiere usted seguir mi consejo, milady, dejará usted a estos dos seres en nuestras manos. Ya ve usted que es inútil esperar nada de ellos.

-Quizá tenga usted razón -dijo Samia después de vacilar un momento.

Se levantó y miró a Rik con perplejidad. El capitán se puso detrás de ella, levantó la silla portátil y la dobló de un golpe.

-¡Esperen! -dijo Rik levantándose de un salto.

-Por favor, milady -dijo el capitán abriendo la puerta para dar paso a Samia-. Mis hombres lo calmarán.

-¿No le harán daño? -preguntó ella, deteniéndose en el umbral.

-Dudo que nos obligue a recurrir a extremos. Será fácil de manejar .

-¡Lady! ¡Lady! -gritó Rik-. ¡Puedo probar que soy de Tierra!

Samia permaneció indecisa por algunos instantes. -Veamos lo que tiene que decir.

-Como quiera, milady -dijo el capitán fríamente.

Samia volvió atrás, pero se mantuvo a un paso de la puerta. Rik estaba congestionado. Con el esfuerzo de pensar sus labios esbozaron la caricatura de una sonrisa.

-Recuerdo Tierra. Era radiactiva. Recuerdo las áreas prohibidas y el horizonte azul de la noche. El suelo relucía y no crecía nada en él. Sólo había algunos puntos donde los hombres podían vivir. Por eso era yo analista del espacio. Por eso no quise quedarme en el espacio. Mi mundo era un mundo muerto.

-Vámonos, capitán -dijo Samia encogiéndose de hombros-. Está divagando.

Pero esta vez fue el capitán Racety quien se detuvo, con la boca abierta.

-¿Un mundo radiactivo? -murmuró. -¿Existe eso? -preguntó ella.

-Sí -dijo, volviéndose perplejo hacia ella-. Pero... ¿dónde puede haberlo imaginado?

-¿Cómo puede un mundo ser radiactivo y habitado? -Pues hay uno. y está en el sector de Sirio. No recuerdo su nombre. Podría incluso ser Tierra.

-Es Tierra -dijo orgulloso y confiado Rik-. Es el planeta más antiguo de la Galaxia. Es el planeta donde tuvo sus orígenes la raza humana.

-¡Es verdad! -dijo el capitán suavemente.

-¿Quiere decir que la raza humana tuvo sus orígenes en Tierra? -preguntó Samia, dándole vueltas la cabeza.

-¡No, no! -dijo el capitán de una manera abstracta-.

Eso es una superstición. Sólo que es así como oí hablar del planeta radiactivo. Pretende ser el planeta original del Hombre.

-No sabía que tuviésemos un planeta original.

-Supongo que en alguna parte empezáramos, milady, pero dudo que nadie pueda saber en qué planeta fue. ¿Qué más recuerdas? -añadió, dirigiéndose con súbita decisión a Rik, a punto casi de llamarle «muchacho» pero absteniéndose.

-La nave, principalmente. y el análisis del espacio. .Samia se unió al capitán. Permanecían de pie, frente a Rik, y Samia sentía la excitación apoderarse de ella. -¿Entonces todo esto es verdad? Pero, entonces, ¿cómo fue sometido a la psicoprueba?

-¡Psicoprueba...! -dijo el capitán Racety pensativo-. Preguntémosle a él. A ver, indígena, o ser de otro mundo, o lo que seas. ¿Cómo te sometieron a la psicoprueba?

-Eso lo habéis dicho vosotros -dijo Rik perplejo-. Incluso Lona. Pero yo no sé qué quiere decir.

-¿Cuándo dejaste de recordar entonces?

-No estoy seguro. De nuevo empecé, desesperado-. Fue en una nave.

-Ya lo sabemos. Sigue.

-No hay necesidad de gritar, capitán -dijo Samia-. Le va usted a quitar el poco juicio que tiene. Rik estaba totalmente absorbido en la lucha contra la penumbra de su mente. El esfuerzo no dejaba lugar para ninguna emoción. Con gran sorpresa, incluso para él, dijo:

-No le tengo miedo, lady. Estoy tratando de recordar. Había peligro. De eso estoy seguro. Un gran peligro para Florina, pero no puedo recordar los detalles.

-¿Peligro para todo el planeta? -preguntó Samia, dirigiendo una rápida mirada al capitán.

-Sí. Era por las corrientes.

-¿Qué corrientes? -preguntó el capitán.

-Las corrientes del espacio.

-¡ Esto es una locura! -exclamó el capitán levantando las manos y volviéndolas a dejar caer .

-¡No, no! ¡Déjele seguir! -El flujo de la credulidad había invadido nuevamente a Samia. Tenía los labios abiertos, sus ojos relucían y unos pequeños lunares entre las mejillas y la barbilla le daban una expresión sonriente-.

¿Qué son las corrientes del espacio?

-Los diferentes elementos -dijo Rik vagamente. Lo había explicado ya. No quería tener que volver a explicarlo. Siguió hablando rápidamente, casi de una manera incoherente, a medida que las ideas acudían a él, casi arrastrado por ellas.

-Mandé un mensaje al centro oficial de Sark. Lo recuerdo muy claramente. Tenía que andar con cuidado. Había un peligro que iba más allá de Florina. Sí, más allá de Florina. Era ancho como la Vía Láctea. Había que tratarlo con cuidado.

Parecía haber perdido todo contacto con los que le estaban escuchando, vivir en un mundo del pasado delante, del que iba desapareciendo lentamente una cortina hecha jirones. Samia puso una mano sobre su hombro tratando de calmarlo, pero no obtuvo reacción alguna a ello tampoco.

-No sé cómo -prosiguió-, mi mensaje fue interceptado por alguien de Sark: Fue un error. No sé cómo pudo ocurrir -frunció el ceño-. Estoy seguro de haberlo mandado al Centro Oficial con nuestra longitud de onda. ¿Cree que el subéter pudo ser captado?

No se extraña siquiera de que la palabra «subéter» acudiese tan fácilmente a sus labios. Quizás estaba esperando una respuesta, pero sus ojos seguían sin ver.

-En todo caso, cuando aterricé en Sark me estaban esperando.

De nuevo una pausa, esta vez larga y meditativa. El capitán no hizo nada por romperla; parecía estar meditando también.

-¿Quién le estaba esperando? ¿Quién? -interrumpió Samia.

-No... no lo sé -dijo Rik-. No puedo recordarlo. No era en la oficina. Era alguien de Sark. Recuerdo que hablé con él. Yo conocía el peligro y le hablé de él. Estoy seguro de haber hablado. Estábamos sentados delante de una mesa, juntos. Recuerdo la mesa. Estaba frente a mí. Es tan claro como el espacio. Hablamos un rato. Me parece que no deseaba dar detalles. De esto estoy seguro. Tenía que hablar con la oficina primero y entonces él...

-¿Sí? -instó Samia.

-Hizo algo... No, no recordaré nada más. ¡No recordaré nada más!

Dijo estas palabras gritando y de nuevo reinó el silencio, un silencio que fue extemporáneamente roto por el prosaico zumbido del aparato de comunicación de pulsera del capitán.

-¿Qué hay! -pregunto.

La voz que respondió fue precisa y respetuosa.

-Un mensaje de Sark para el capitán. Se ruega lo reciba personalmente. .

-Muy bien, voy a los subéteres inmediatamente. -Se volvió hacia Samia-. ¿Puedo recordarle, milady, que es la hora de la cena? -Vio que la muchacha iba a alegar su falta de apetito ya rogarle que la dejase allí y no se preocupase por ella. Más diplomáticamente, prosiguió:- Es también hora de dar de comer a esta pareja. Deben estar probablemente cansados y hambrientos.

Samia no pudo objetar nada contra eso.

-Tengo que volverlos a ver, capitán...

El capitán se inclinó silenciosamente. Pudo ser aquiescencia, pudo no serlo.

Samia de Fife estaba emocionada. Sus estudios sobre Florina colmaban una cierta aspiración intelectual que llevaba en ella, pero el Misterioso Caso del Terrestre Psicoprobado (pensaba en este caso en letras mayúsculas) despertaba en su mente algo mucho más primitivo y más exigente. Toda su curiosidad animal estaba alerta.

¡Era un misterio! Había tres puntos que la fascinaban. Entre ellos no figuraba la quizá razonable cuestión (dadas las circunstancias) de si toda la historia de aquel hombre no era una mentira deliberada e incluso una ilusión, más que la verdad. Creer que fuese otra cosa distinta de la verdad sería desvanecer el misterio y Samia no podía permitirselo.

Los tres puntos eran, por consiguiente, éstos: 1o ¿Cuál era el peligro que amenazaba Florina o, mejor dicho, toda la Galaxia? 2o ¿Quién era la persona que había sometido a Rik a la psicoprueba? 3o ¿Por qué había esta persona utilizado la psicoprueba?

Estaba decidida a profundizar en el asunto hasta quedar satisfecha. No hay nadie suficientemente modesto para no creerse un competente analista aficionado y Samia estaba muy lejos de ser modesta.

En cuanto pudo evadirse decentemente después de la cena, se precipitó hacia el cuchitril.

-Abre la puerta -le dijo al marinero de guardia.

El marinero permaneció perfectamente rígido e inmóvil mirando hacia delante respetuosamente, sin ver.

-Con permiso de Su Excelencia, la puerta no debe abrirse -dijo.

-¿Cómo te atreves a decir eso? -dijo Samia con la boca abierta-. Si no me abres la puerta inmediatamente, informaré al capitán.

Rápidamente subió a las habitaciones del capitán y entró como un ciclón en un cuerpo de mujer.

-¡Capitán!

-Milady...

-¿Ha dado usted orden de que el Terrestre y la mujer me estén vedados?

-Creía, milady, que se había acordado entre nosotros que sólo podría interrogarlos en mi presencia...

-Antes de cenar, sí. Pero ya ha visto usted que son inofensivos.

-He visto que parecen inofensivos.

-En ese caso, le ordeno que venga usted inmediatamente conmigo.

-No puedo, milady. La situación ha cambiado.

-¿En qué sentido?

-Deben ser interrogados por las autoridades de Sark y hasta entonces ,deben permanecer solos.

La mandíbula inferior de Samia cayó, pero la ,recuperó en el acto de su poco digna posición.

-¿No va usted a entregarlos al Centro de Asuntos Florinianos...

-Pues... -transigió el capitán-, ésta era, en efecto, la intención original. Han abandonado su pueblo sin permiso. Han abandonado incluso su planeta sin permiso. Además, han tomado un pasaje secreto en una nave sarkita.

-Eso fue un error. -¿De veras?

-En todo caso conocía usted todos sus crímenes antes de nuestra última conversación.

-Pero fue sólo durante esta conversación cuando me enteré de todo lo que el llamado Terrestre tenía que decir.

-El «llamado»... Usted mismo dijo que el planeta Tierra existe

-Dije que podía existir. Pero, milady, ¿puedo tener la osadía de preguntarle qué desearía usted que se hiciese con esa gente?

-Creo que hay que investigar la historia del Terrestre. Habla de un peligro para Florina y de alguien de Sark que ha intentado deliberadamente evitar que las autoridades competentes tuviesen conocimiento de este peligro. Creo que es incluso un caso para mi padre. En realidad, le llevaré a ver a mi padre cuando llegue el momento oportuno.

-¡Qué inteligente es todo esto! -exclamó el capitán.

-¿Se siente usted sarcástico, capitán?

-Perdón, milady -dijo él sonrojándose-. Me refería a nuestros prisioneros. ¿Me permite usted que hable con cierta extensión?

-No sé lo que quiere usted decir por «cierta extensión», pero me parece que puede usted empezar -respondió ella con ira.

-Gracias. En primer lugar, milady, espero que no quitará usted importancia a los disturbios de Florina.

-¿Qué disturbios?

-No puede usted haber olvidado el incidente de la Biblioteca.

-¿Un patrullero muerto? ¡ Realmente, capitán...!

-Y un segundo patrullero muerto esta mañana, milady, y un indígena, además. No es cosa corriente que los indígenas maten patrulleros, y aquí hay uno que lo ha hecho dos veces y sigue sin haber sido detenido. ¿Es obra de un solo hombre? ¿Ha sido un accidente? ¿O forma parte de un plan cuidadosamente elaborado?

-Al parecer. cree usted esto último.

-Sí, milady. El asesino indígena tiene dos cómplices. Su descripción concuerda con nuestros dos cautivos.

-¡No lo había dicho usted nunca!

-No quería asustar a Su Excelencia. Recordará. sin embargo, que le dije repetidamente que podían ser peligrosos.

-Muy bien. ¿Qué conclusiones saca usted de esto?

-¿Y si los asesinatos de Florina no eran más que detalles accesorios destinados a llamar la atención de los escuadrones de patrulleros mientras estos dos se metían a bordo de esta nave?

-Me parece algo tan tonto...

-¿Sí? ¿Por qué huyen de Florina? No se lo hemos preguntado. Vamos a suponer que huyen de los patrulleros. puesto que ésta es la suposición más razonable. ¿Se les ocurriría elegir Sark entre todos los sitios? ¿y en una nave que es transporte de Su Excelencia? Y. además, él pretende ser un analista del espacio.

-¿Qué hay con eso? -preguntó Samia frunciendo el ceño.

-Hace un año se comunicó la desaparición de un analista del espacio. Al hecho no se le dio nunca una gran publicidad. Yo lo supe, desde luego, porque mi nave fue una de las que navegaron por el próximo espacio en busca de rastros de la suya. Quienquiera que apoye esos desórdenes de Florina está indudablemente enterado de este hecho y el mero hecho de que la desaparición del analista del espacio les sea conocida demuestra cuán firme y sorprendentemente perfecta organización tienen.

-Podría ser que el analista desaparecido y el Terrestre no tuvieran relación alguna.

-No una relación real, indudablemente, milady. Pero no esperar relación alguna es creer en demasiadas coincidencias. Estamos tratando con un impostor. Por eso pretende haber sido psicoprobado.

-¡Oh...!

-¿Cómo podemos probar que no es el analista del espacio? No conoce ningún detalle del planeta Tierra salvo el hecho de que es radiactivo. No sabe gobernar una nave. No conoce nada del análisis del espacio. y se cubre insistiendo en que ha sido psicoprobado. ¿No lo ve, milady?

Samia era incapaz de dar una respuesta directa. -Pero ¿con qué propósito...? -preguntó.

-El de que pudiese usted hacer exactamente lo que tenía intención de hacer, milady.

-¿Averiguar el misterio?

-No, milady. Llevarlo a su padre.

-No veo el objeto.

-Hay varias posibilidades. En el mejor de los casos, podía estar espiando a su padre, y proceder de Florina o posiblemente de Trantor. Imagino que el viejo Abel de Trantor vendría inmediatamente a identificarlo como Terrestre, no por otra razón que la de embarazar a Sark pidiéndole la verdad acerca de esa ficticia psicoprueba. En el peor de los casos, podría ser el asesino de su padre.

-¡Capitán!

-¿Milady...?

-¡Eso es ridículo!

-Quizá, milady. Pero si es así, el Departamento de Seguridad es ridículo también. Recordará usted que poco antes de cenar recibí un mensaje de Sark.

-Sí.

-Aquí lo tiene.

Samia cogió la delgada cinta transparente con sus letras rojas y leyó: « Se comunica que dos florinianos han tomado pasaje clandestino e ilegal en su nave. Hágase cargo de ellos inmediatamente. Uno de ellos puede pretender ser un analista del espacio y no un indígena floriniano. No debe usted tomar decisión alguna en este asunto. Se le considerará a usted responsable de esas personas. Han de estar bajo custodia hasta su entrega al Depsec. Extremo secreto. Extrema urgencia».

Samia estaba como aturdida.

-¿«Depsec»? -dijo-. Departamento de Seguridad... -Y Extremo Secreto -dijo el capitán-. Cometo una infracción al decirle esto, pero no me ha dejado usted elección, milady.  
-¿Qué le van a hacer? -preguntó ella.  
-No podría decírselo con seguridad -dijo el capitán-. Por supuesto que un presunto espía y asesino no puede esperar que se le trate muy gentilmente. Es muy probable que su ficción se convierta en realidad y se entere del sabor que tiene una psicoprueba.

## 12

### El detective

Los cuatro Grandes Nobles miraron al Señor de Fife cada cual a su manera. Bort estaba enfadado, Rune se divertía, Balle estaba contrariado y Steen, asustado.

-¿Alta traición? -dijo Rune siendo el primero en hablar-. ¿Trata quizá de asustarnos con una frase? ¿Qué significa esto? ¿Traición contra quién? ¿Contra usted? ¿Contra Bort? ¿y quién es el traidor? y por la salvación de Sark, Fife, estas conferencias cambian mis horas de sueño.

-El resultado puede cambiar las horas de sueño de mucha gente, Rune -dijo Fife-. No me refiero a traición contra ninguno de nosotros, sino traición contra Sark.

-¿Sark? -preguntó Bort-. ¿y qué es Sark, sino todos nosotros?

-Llamémoslo un mito. Llamémoslo algo en lo cual los sarkitas ordinarios creen.

-No lo entiendo -dijo Steen-. Parece que tengan ustedes interés en derrotarse unos a otros. Realmente, desearía que hubiesen terminado con todo esto.

-Estoy de acuerdo con Steen -dijo Balle.

-Estoy perfectamente dispuesto a explicarme inmediatamente -dijo Fife-. Habrán oído hablar, supongo, de los recientes disturbios de Florina...

-Los despachos del Depsec hablan de varios patrulleros muertos. ¿Es a eso a lo que se refiere?

-¡Pardiez, si tenemos que celebrar una conferencia, vamos a hablar de esto! -saltó Bort con cólera-. ¡Patrulleros muertos! ¡Pues bien se lo merecen ¿Pretende decirnos que un indígena puede acercarse lo suficiente a un patrullero para acabar con el sencillamente? ¿Cómo va a dejar un patrullero que un indígena se le acerque lo suficiente para matarlo? ¿Cómo no ha sido abrasado el indígena a los veinte pasos?

»También me gustaría ver todo el cuerpo de patrulleros desde el capitán al último recluta reducidos a papilla. Tod? el cuerpo no es más que un cúmulo de idiotas. Tienen una vida demasiado fácil allí. Yo digo que cada cinco años deberíamos proclamar la ley marcial en Florina y limpiarla de perturbadores. Esto mantendría a los indígenas tranquilos ya nuestros hombres en guardia.

-¿Ha terminado? -preguntó Fife.

-Por ahora, sí. Pero volveré a empezar. Es mi misión aquí, además, ya la sabe. Puede no ser importante como la Suya, Fife, pero la es lo suficiente como para preocuparme.

Fife se encogió de hombros y se volvió hacia Steen súbitamente.

-¿Y usted, ha oído hablar de disturbios .?

-¿Eh ...? Sí. Bueno, quiero decir que le he oído a usted decir...

-¿No ha leído usted los comunicados del Depsec?

-¡Hombre, pues...! -Steen parecía intensamente interesado por sus afiladas uñas con su capa cobriza exquisitamente aplicada-. No siempre tengo tiempo de leer todos los comunicados, No me creía obligado a ello. En realidad... -agarró su valor con las dos manos y miró fijamente a Fife-. No sabía que me estuviese usted dictando reglas, Fife.

-No las dicto, De todos modos, en vista de que en todo caso no conoce usted ninguno de los detalles, permítame que le haga un sumario. Los demás pueden encontrarlo interesante también.

Fue sorprendente en cuán pocas palabras podían condensarse todos los acontecimientos de cuarenta y ocho horas, y cuán insignificantes parecían. Primero hubo una inesperada referencia a las pruebas espacio-analíticas, Después el golpe en la cabeza al patrullero con una fractura de cráneo. Después la persecución que terminó en la inviolabilidad del antro de un agente de Trantor. Después, otro patrullero muerto al alba por el asesino disfrazado con el uniforme del patrullero y el agente de Trantor muerto a su vez pocas horas más tarde.

-Y si quiere el último ejemplar de noticias, puede añadir ésta a esas aparentes trivialidades -terminó Fife-. Hace unas horas un cuerpo, mejor dicho, los huesos que quedaban de un cuerpo, fueron encontrados en City Park, Florina.

-¿El cuerpo de quién? -preguntó Rune.

-Un momento, por favor: A su lado se encontró un montón de cenizas que parecían ser los restos carbonizados de telas. Todo lo que fuese metal había sido cuidadosamente retirado de allí, pero el análisis de las cenizas probó que era el resto de un uniforme de patrullero carbonizado.



-¿Nuestro amigo el impostor? -preguntó Balle.

-No es probable -dijo-. ¿Quién lo hubiera matado en secreto?

-Suicidio -dijo Bort con maldad-. ¿Hasta cuándo espera el maldito bastardo este escapar a nuestras manos? Imagino que tuvo mejor muerte así. Personalmente, averiguaré quién es el responsable de haberle dejado llegar al suicidio poniendo una carga explosiva en sus manos.

-No es probable -dijo Fife nuevamente-. Si el hombre se suicidó, se mató primero, se quitó el uniforme, lo redujo a cenizas, quitó botones y hebillas y se liberó de ellas. O bien, primero se quitó el uniforme, lo quemó, quitó botones y hebillas, salió de la cueva desnudo, o quizás en ropa interior, regresó y se suicidó.

-¿El cuerpo estaba en una cueva? -preguntó Bort, -En una de las cuevas ornamentales del parque, sí. -En ese caso tuvo mucho tiempo y mucho secreto -dijo Bort en tono beligerante, porque odiaba abandonar una teoría-. Pudo quitar botones y hebillas primero, y después...

-¿Ha tratado alguna vez de quitar los galones a un uniforme que no ha sido reducido a cenizas primero? -preguntó Fife sarcásticamente-. ¿Y puede usted insinuar un motivo, si el cuerpo era el de un impostor después del suicidio? Además, tengo la memoria de los analistas médicos que estudiaron la estructura ósea. El esqueleto no es ni de un patrullero ni de un floriniano. Es de un sarkita.

-¿De veras? -exclamó Steen. Balle abrió sus ojos fatigados; los dientes de metal de Rune, que captaban un rayo de luz aquí y allá y añadían un poco de vida al cubo de oscuridad en que estaba sentado, se desvanecieron con los brillos al cerrar Rune la boca. Incluso Bort estaba turbado.

-¿Me siguen? -preguntó Fife-. Ahora comprenden ustedes por qué el metal fue retirado del uniforme. El que mató al sarkita quería que la ceniza pareciera la de las ropas del sarkita; se quitó el uniforme y lo quemó antes de cometer la muerte, a fin de que se pudiese pensar en un suicidio o en el resultado de algún rencor privado completamente ajeno a nuestro amigo el patrullero-impostor. Lo que no sabía era que el análisis de la ceniza podía distinguir el kyrte de las ropas sarkitas de la celulita de los uniformes de los patrulleros, incluso cuando los botones y galones se han quitado. Ahora bien, dada la ceniza de un uniforme patrullero y el cuerpo de un sarkita muerto, sólo podemos suponer que en alguna parte de Ciudad Alta vive un Edil con ropas sarkitas. Nuestro floriniano, después de haberse hecho pasar por patrullero un tiempo suficiente, y considerando el peligro demasiado grande y creciendo por momentos, decidió convertirse en Noble. y lo hizo como pudo.

-¿Lo han encontrado? -preguntó Bort rápidamente.

-No.

-¿Por qué no? -!Por Sark! ¿Por qué no!

-Lo encontrarán -dijo Fife indiferente-. De momento tenemos cosas más importantes de qué preocuparnos. La última atrocidad es una bagatela eh comparación.

-!Vamos al grano! -insistió Rune.

-!Paciencia! Primero déjenme que les pregunte si recuerdan ustedes al analista desaparecido el año pasado.

Steen se echó a reír.

-¿Otra vez eso? -preguntó Bort con profundo desprecio.

-La explosión de ayer y anteayer -prosiguió Fife imperturbable empezó con la demanda de referencias de ciertos libros sobre el análisis del espacio en la Biblioteca de Florina. Para mí es una relación que me basta. Vamos a ver si consigo que vean ustedes también la relación. Empezaré por describir a las tres personas relacionadas con el incidente de la biblioteca y les ruego que por algún tiempo no me interrumpen.

»Ante todo, tenemos un Edil. Es el más peligroso de los tres. En Sark tenía una excelente ficha como hombre inteligente y digno de confianza. Desgraciadamente ahora ha empleado sus facultades contra nosotros. Es indudablemente el responsable de las cuatro muertes. Es un buen promedio para un hombre solo. Considerando que las cuatro muertes incluyen dos patrulleros y un sarkita, es increíble por parte de un indígena. y sigue en libertad.

»La segunda persona afectada es una mujer indígena. Carece de educación y de importancia. Sin embargo, durante los dos últimos días se ha procedido a una minuciosa búsqueda en todas las facetas de este caso y conocemos su historia. Sus padres eran miembros del «Alma de Kyrte», si es que alguno de ustedes recuerda aquella ridícula conspiración campesina que fue barrida sin complicaciones hará unos veinte años. .

»Esto nos lleva a la tercera persona, la más extraordinaria de las tres. Esta tercera persona era un vulgar obrero del molino y un idiota.

Dos ruidosas expulsiones de respiración se oyeron en boca de Bort y Steen. Los ojos de Balle seguían cerrados y Rune permanecía inmóvil en la oscuridad.

-La palabra idiota -prosiguió Fife no se emplea aquí simbólicamente. El Depsec se ha lanzado implacablemente tras él, pero su historia sólo puede rastrearse de unos diez meses a esta parte. Se le encontró en un pueblecito cercano a la metrópoli principal de Florina en estado de completa inconsciencia. No podía hablar ni andar. No sabía siquiera comer solo.

»Ahora, anoten bien esto, su primera aparición tiene lugar pocas semanas después de la desaparición del analista del espacio. Observen, además, que, al cabo de unos meses, aprendió a caminar e incluso a desempeñar un cargo en la fábrica de kyrte. ¿Qué idiota sería capaz de aprender tan de prisa?

-Realmente -interrumpió Steen con fuego, si fue sometido en serio a la prueba psíquica, podía dejarlo en aquel estado... -Su voz fue desvaneciéndose.

-No conozco mayor autoridad en la materia -dijo Fife irónicamente-. Incluso sin la autorizada opinión de Steen, sin embargo, se me había ocurrido ya esa idea. Era la única explicación posible.

»Ahora bien, la prueba psíquica sólo pudo tener lugar en Sark o en la Ciudad Alta de Florina. Por una simple razón

de meticulosidad se visitaron todos los consultorios de los médicos de Ciudad Alta. No se encontró rastro del menor aparato de psicoprueba no autorizado. Entonces uno de nuestros agentes tuvo la idea de revisar las notas de todos los médicos que habían muerto desde la primera aparición del idiota... Me ocuparé de que sea ascendido por haber tenido esta idea.

»Encontraron el rastro de nuestro idiota en uno de los registros de estos dispensarios. Lo había llevado para un control psíquico hace unos seis meses esa campesina que es el segundo personaje de nuestro trío. Aparentemente se hizo en secreto, ya que ella estaba ausente de su trabajo aquel día con un pretexto completamente distinto. El doctor examinó al paciente y anotó la prueba definitiva de que le habían psicoprobado.

»Ahora viene el punto interesante. El doctor era uno de estos que tienen un dispensario en Ciudad Alta y otro en Ciudad Baja. Era uno de esos idealistas que creen que los indígenas merecen cuidados médicos de primera clase. Era un hombre metódico que conservaba anotaciones duplicadas en ambos dispensarios a fin de evitarse el doble recorrido en ascensor. Complacía también su idealismo, imagino, no diferenciar en sus ficheros entre los sarkitas y los florinianos. Pero la ficha del idiota en cuestión no estaba duplicada, y era la única ficha no duplicada.

»¿Por qué tenía que ser así? Si, por alguna razón, había decidido no hacer el duplicado de esa visita, ¿por qué tenía que aparecer solamente en los ficheros de Ciudad Alta que es donde apareció? ¿Por qué no en Ciudad Baja, que es donde no aparecía? Después de todo, ese hombre era floriniano. Le había llevado una floriniana. Había sido examinado en Ciudad Baja. Todo eso estaba claramente consignado en la ficha que encontramos.

»No hay más que una respuesta para este intrigante punto. La anotación fue debidamente consignada en ambas fichas, pero fue destruida en la Ciudad Baja por alguien que ignoraba que quedaría la anotación en el fichero de Ciudad Alta. Pero sigamos.

»Añadida a la anotación de reconocimiento del idiota estaba la anotación definitiva que incluía el diagnóstico de este caso en la memoria reglamentaria del doctor para el Depsec. Esto era completamente correcto. Todo caso de psicoprueba puede incluir un criminal o incluso un subversivo. Pero esa anotación no se hizo nunca. El doctor murió en el plazo de una semana de un accidente de tránsito.

»Las coincidencias sobrepasan la verosimilitud, ¿no?

Balle abrió los ojos y dijo:

-Nos está usted contando una novela policíaca.

-¡Sí! -exclamó Fife con satisfacción-. Una novela policíaca. Y de momento yo soy el detective.

-¿Y quién es el acusado? -preguntó Balle con voz cansada.

-Todavía no. Déjeme hacer de detective un poco más.

En un momento crítico que Fife consideraba el más peligroso que había atravesado Sark, descubría que se estaba divirtiendo inmensamente.

-Examinemos la historia por el otro extremo -prosiguió-. Olvidemos de momento al idiota y volvamos al analista del espacio. Lo primero que he oído de él es la notificación de la Oficina de Transportes de que su nave aterrizará en breve. Un mensaje suyo recibido anteriormente acompaña esta notificación.

»El analista del espacio no llega nunca. No se le localiza en ningún punto del espacio: Más aún, el mensaje expedido por el analista, que fue retransmitido a BuTrans, desaparece. El CAEI pretende que ocultábamos deliberadamente el mensaje. El Depsec creía que estaban inventando un mensaje ficticio con fines propagandísticos. Ahora se me ocurre pensar que ambos estábamos equivocados. El mensaje había sido entregado pero no lo había ocultado el gobierno de Sark.

»Inventemos ahora un desconocido y de momento llamémoslo X, que tiene acceso a los archivos del BuTrans. Se entera del asunto del analista del espacio y su mensaje, y tiene cerebro y posibilidad de obrar rápidamente. Se las arregla para mandar un subeterograma secreto a la nave del analista, dando instrucciones de que aterrice en algún pequeño campo privado. El analista del espacio lo hace así y lo encuentra allí.

"X lleva el mensaje fatal del analista. Para ello puede haber dos razones. Primero, creará la confusión en los posibles intentos de investigación eliminando una prueba importante. Segundo, servirá quizá para ganarla confianza del analista "del espacio. Si el analista del espacio considera que sólo puede hablar con los superiores de su ramo, X puede persuadirle de que se confíe a él probándole que está ya en posesión de lo más esencial de la historia.

"Indudablemente el analista habló. Por muy incoherente, loco, y en general incomprensible que lo que dijo pudiese ser, X reconoció en ello un excelente medio de propaganda. Entonces mandó su carta de chantaje a los Nobles, a nosotros. Su procedimiento, tal como él lo planteó, fue, es muy probable, precisamente el que yo

atribuí a Trantor en aquel tiempo. Si no aceptábamos sus condiciones, pensaba destruir la producción floriniana propagando Tumores de destrucción hasta forzar a la rendición.

»Pero entonces se produjo el primer error de cálculo. Más tarde estudiaremos exactamente en qué consistió. En todo caso, comprendió que tenía que esperar antes de seguir adelante. Esperar, sin embargo, suponía una complicación. X no daba crédito a la historia del analista del espacio, pero no cabe la menor duda de que el analista era totalmente sin. cero. X tendría que arreglar las cosas de forma que el analista estuviese de acuerdo en dejar a un lado su "maldición".

»El analista del espacio no podía hacer tal cosa a menos que su ya embrollada mente quedase fuera de servicio. X hubiera podido matarlo, pero soy de la opinión de que el analista le era necesario como fuente de futuras informaciones (después de todo, no sabía personalmente una palabra de análisis del espacio y no podía llevar a buen fin un chantaje fructífero cuando no era más que un "bluff") y, quizá, como rehén en caso de un fracaso definitivo. Después del tratamiento, no tenía ya en sus manos un analista del espacio, sino un completo idiota que no podía causarle ninguna complicación por algún tiempo. Y al cabo de algún tiempo recobraría sus sentidos.

»¿El próximo paso? Tenía que cerciorarse de que durante el año de espera el analista del espacio no sería localizado, que nadie de importancia lo vería, ni aun en su papel de idiota. y procedió con una magistral simplicidad. Se llevó a su hombre a Florina y durante un año el analista del espacio no fue más que un indígena medio idiota que trabajaba en los molinos de kyrt.

»Imagino que durante aquel año, él, o algún subordinado de confianza, debió visitar la población donde habían "probado". al pobre hombre, para ver si estaba seguro y en relativa buena salud. Durante una de estas visitas se enteró, de alguna manera, de que habían llevado al pobre hombre a un médico que sabía distinguir un paciente sometido a una psicoprueba cuando lo tenía delante. El médico murió y su fichero desapareció, por lo menos del dispensario de Ciudad Baja. Éste fue el primer error de cálculo de X. Jamás e le ocurrió pensar que en el dispensario de Ciudad Alta pudiese haber un duplicado.

» Y entonces vino el segundo error de cálculo. El idiota empezó a; recobrar la razón demasiado pronto y el Edil de la Ciudad tenía suficiente inteligencia para comprender que en él había algo más que un simple demente. Quizá la muchacha que se ocupaba del idiota le hablase al Edil de la psico-prueba. Es una simple suposición.

» Y ya saben ustedes la historia.

Fife dio una fuerte palmada y esperó la reacción.

Rune fue el primero en hablar. En su oscuro cubículo se había encendido la luz un momento antes y estaba sentado parpadeando y sonriente.

-Y ha sido una historia pasablemente aburrida, Fife: Un momento más y me quedo dormido.

-Por lo que puedo ver -intervino Balle lentamente-, ha edificado usted una estructura tan insustancial como la del año pasado. Hay un noventa por ciento de suposiciones.

-!Qué tontería! -exclamó Bort.

-¿Y quién es X, entonces? -preguntó Steen-. Si no sabe usted quién es X, todo lo demás no tiene sentido. -y bostezó delicadamente, tapándose sus pequeños dientes blancos con el índice doblado.

-Por lo menos uno de ustedes ve el punto esencial del problema -dijo Fife-. La identidad de X, en efecto, es el punto crucial del asunto. Consideren ustedes las características que X tendría que poseer si mi análisis es correcto.

»En primer lugar, X es un hombre que está en contacto con los Servicios Civiles, Es un hombre que puede hacer practicar una psico-prueba. Es un hombre que cree poder montar una campaña fructífera de chantaje. Es un hombre que se puede llevar aun analista del espacio de Sarka Florina sin dificultades. Es un hombre que puede tramar la muerte de un doctoren Florina. No es un don nadie, ciertamente.

»En una palabra, es definitivamente "alguien", Podría ser un Gran Noble ¿No lo creen ustedes?

-Bort se levantó. Su cabeza desapareció y volvió a sentarse. Steen estalló con una risa histérica. Los ojos de Rune, medio ocultos en la pulpa de la grasa que los rodeaba, brillaron febriles. Halle movía lentamente la cabeza.

-Por la salvación del Espacio, ¿a quién está usted acusando, Fife?

-A nadie todavía -respondió sin inmutarse-. A nadie específicamente. Mírenlo ustedes de esta manera. Aquí somos cinco, Ningún otro habitante de Sark pudo hacer lo que hizo x. Sólo nosotros cinco. Esto puede darse por admitido. ¿Cuál de los cinco es? Para empezar. no soy yo.

-Podemos crearle bajo palabra, ¿verdad? -preguntó Rune.

-No tiene usted que creerme bajo palabra -respondió Fife-. Soy el único aquí que no tiene móvil. El móvil de X es conseguir el control de la industria del kyrt. Yo lo tengo. Poseo un tercio de las tierras cultivables de Florina. Mis molinos; talleres mecánicos y flota comercial es lo bastante predominante como para echar a cualquiera de ustedes de esta industria si quisiera. No acudiría a un chantaje complicado.

Sus gritos dominaban las voces de todos los demás. -i Escúchenme! Todos los demás tienen motivos. Rune posee el continente más pequeño y el menor número de acciones. Sé que no le gusta. No puede fingir lo contrario. El linaje de Halle es más antiguo. Hubo un tiempo en que su familia gobernaba todo Sark.

Probablemente no lo habrá olvidado. Pero le ofende perder siempre en las votaciones del consejo y no puede, por lo tanto, dirigir los negocios en su territorio de la manera absoluta y autoritaria que quisiera. Steen tiene gustos caros y sus finanzas están en mal estado. La necesidad de recuperarse es muy imperativa. Ya lo ven, Todos los motivos Posibles. Envidia. Ansia de poder. Codicia de dinero. Cuestión de prestigio, Ahora, ¿cuál de ustedes es?

En los ojos de Halle relució una centella de malicia.

-¿No lo sabe?

-No tiene importancia. Ahora escuchen esto. He dicho que algo asustó a X (sigamos todavía llamándolo X) después de sus primeras cartas. ¿Saben ustedes lo que fue? Fue nuestra primera conferencia en la que hablé de la necesidad de una acción conjunta. X estaba presente. Era, y es, uno de nosotros. Sabe que la acción conjunta significa el fracaso para él. Había contado con ganarnos porque sabe que nuestro rígido ideal de autonomía continental nos alentará hasta el último momento y más allá aún. Vio que se había equivocado y decidió esperar hasta que la sensación de urgencia hubiese desaparecido y pudiese actuar de nuevo.

»Pero sigue equivocándose. Seguiremos empleando la acción conjunta y hay una única forma de hacerlo con seguridad, considerando que X es uno de nosotros. La autonomía continental ha llegado a su fin. Es un lujo que no podemos ya permitirnos, porque los planes de X Sólo terminarán con el fracaso económico del resto de nosotros o la intervención de Trantor. Yo, personalmente, soy el único en quien puedo confiar, de manera que a partir de ahora presidiré un Sark unido. ¿Están ustedes conmigo?

Se levantaron todos de sus asientos, gritando. Bort agitaba su puño. Un poco de espuma se le escapaba por la comisura de los labios.

Físicamente, no podían hacer nada. Fife sonreía. Cada uno de ellos estaba a un continente de distancia. Podía seguir sentado detrás de su mesa y verles echar espuma.

-No tienen ustedes elección -dijo-. En el año transcurrido desde nuestra primera conferencia he hecho también mis preparativos. Mientras asistían ustedes tranquilamente a la conferencia, escuchándome, oficiales leales a mí se han apoderado de la flota.

-!Traición! -gritaron todos.

-Traición a la autonomía continental-respondió Fife-. Lealtad a Sark.

Los dedos de Steen se entrelazaban nerviosamente y sus cobrizas puntas eran la única mancha de color de su piel.

-!Pero está X! !Incluso si X es uno de nosotros, hay tres inocentes! !Yo no soy X! -dijo dirigiendo una mirada circular de cólera a los demás.

-Aquellos de ustedes que son inocentes formarán parte de mi gobierno si quieren. No tienen nada que perder.

-!Pero no dice usted quién es inocente! -exclamó Bort! Tiene que apartarnos del asunto de...! -se detuvo jadeante.

-No lo haré. En el plazo de veinticuatro horas sabré quién es X. No les he dicho una cosa. El analista del espacio de que les he hablado está ahora en mi poder.

Reinó el silencio. Se miraban unos a otros con suspicacia y recelo.

-Se están preguntando cuál de nosotros es X -dijo Fife riéndose-. Uno de los cinco lo sabe, estén seguros de ello. , y dentro de veinticuatro horas lo sabremos todos. y ahora métanse ustedes bien en la cabeza que no pueden hacer nada. Las naves son mías. !Buenos días;

Hizo un gesto de despedida.

Uno tras otro fueron desapareciendo como estrellas en las profundidades del vacío borradas de la pantalla de visión por el paso de una división del espacio.

Steen fue el último en desaparecer. -Fife... -dijo con voz trémula.

-¿Sí? -dijo Fife levantando la vista-. ¿Quiere confesarse ahora que estamos los dos solos? ¿Es usted X?

El rostro de Steen se contorsionó alarmado.

-¡No, no, de verdad! Quería únicamente preguntarle si hablaba usted en serio..., sobre lo de la economía continental, me refiero. ¿Es de veras?

Fife miró el viejo cronómetro de la pared. -!Buenos días!

Steen se estremeció. Tendió la mano hacia el botón contacto y también desapareció.

Fife permanecía sentado, pálido e inmóvil. Terminada la conferencia y el calor de la crítica situación, la depresión se apoderaba de él. Su boca sin labios formaba como un severo hueco en su ancho rostro.

Todos sus cálculos empezaban con un hecho determinado; de que el analista del espacio estaba loco no había duda. Pero todo aquello había ocurrido por culpa de un loco. ¿Se habría pasado Junz, del CAEI, un año buscando a un loto?

¿Habría sido tan obstinado en su caza tras de los fantasmas? Esto no se lo había dicho Fife a nadie. Apenas si se atrevía a compartir ese conocimiento con su propia alma. ¿Y si el analista del espacio no había estado nunca loco? ¿Y si la destrucción se balanceaba sobre el mundo del kyrt?

El secretario floriniano apareció delante del Gran Noble; su voz era seca e incolora.

-¿Qué ocurre?

-La nave de su hija ha aterrizado.

-¿Están sin novedad el analista del espacio y la indígena?

-Sí, señor .

-Que nadie les interrogue en mi ausencia. Que se mantengan comunicados hasta que yo llegue... ¿Hay noticias de Florina?

-Sí, señor. El Edil está detenido y lo traen a Sark.

## 13

### El yachtman

Las luces del puerto iban aumentando de intensidad a medida que se oscurecía el crepúsculo. En ninguna hora del día la iluminación se apartaba de la normal establecida para la última hora de la tarde. En el Puerto 9, como en todos los demás puertos de yates de Ciudad Alta, era de día durante toda la rotación de Florina. La intensidad de la luz podía adquirir una brillantez inusitada bajo el sol de mediodía, pero ése era el único cambio. Marjis Genro podía decir que el día propiamente dicho había terminado porque al entrar en el puerto había dejado tras él las luces de colores de la Ciudad. Estas brillaban con el cielo que iba oscureciendo, pero no tenían la pretensión de sustituir el día.

Genro se detuvo en la entrada principal y no pareció quedar en la más mínimo impresionado por la gigantesca herradura con las tres docenas de hangares y cinco pozos de despegue. Formaban parte de él como formaban parte de cualquier navegante experimentado.

Sacó un cigarrillo de color violeta con el extremo envuelto en una delicada película de kyrt plateado y se lo puso en los labios. Protegió con sus manos juntas el extremo exterior y le vio cobrar una vida verdosa mientras inhalaba. Ardía lentamente y no dejaba ceniza. Un humo esmeralda salía por los agujeros de su nariz.

-!Todo como siempre! -murmuró.

Un miembro del club vestido de yachtman, sólo con una discreta letra en el único botón de la guerrera para indicar que era miembro del comité, se había adelantado para recibir a Genro, evitando cuidadosamente dar una sensación de prisa.

-!Ah, Genro! ¿Y por qué no estaría todo al corriente?

-!Hola, Doty! Sólo estaba pensando que, con todo este alboroto que arma, a algún brillante cerebro se le podría ocurrir cerrar los puertos. Gracias a Sark no ha sido así.

-Todavía puede ocurrir, ¿sabes? -dijo el miembro del comité-. ¿Conoces la última?

-¿Cómo puedes decir si es la última o la penúltima? -dijo Genro.

-Bien. ¿Te has enterado de que lo del indígena ya es definitivo? !El asesino!

-¿Quieres decir que lo han detenido? No lo sabía.

-No, no lo han detenido. Pero ya saben que no está en Ciudad Baja.

-Pues... ¿dónde está entonces?

-En Ciudad Alta. Aquí.

-i Vamos...! -dijo Genro abriendo los ojos con incredulidad.

-Pues sí dijo el miembro del comité, un poco ofendido-, Estoy seguro. Los patrulleros andan rondando arriba, y abajo por Kyrt Highway. Han cercado City Park y usan Central Arena como punto de coordinación. Todo eso es auténtico.

-Bien, quizá. -Los ojos de Genro recorrían las naves, inmóviles en sus hangares-. No había estado en el 9 desde hacía meses. ¿Hay alguna nave nueva aquí?

-No. Bueno, si está el Flamé Arrow de Hjordes.

-Ya la he visto -dijo Genro moyiendo la cabeza-. No es más que cromio y nada más. Me molesta pensar que tendré que acabar dibujando la mía.

-¿Vas a vender Comet V?

-Venderlo o desguazarlo. Estoy cansado de estos últimos módulos. Son demasiado automáticos. Con sus relevos automáticos y sus compensadores de trayectoria están matando el deporte.

-He oído decir lo mismo a otros -asintió el miembro del comité-. Si oigo hablar de algún viejo modelo en venta, te avisaré.

-Gracias. ¿Te importa que dé una vuelta por aquí?

-De ninguna manera. Ve -dijo el otro; y saludándolo con un gesto de la mano se alejó.

Genro emprendió su visita con el cigarrillo medio consumido en un lado de la boca. Se detuvo en cada hangar ocupado estudiando atentamente su contenido.

En el hangar 26 desplegó un más profundo interés. Se inclinó sobre la valla baja e interpeló:

-!Oiga...!

Lo hizo en tono de perfecta cortesía, pero al cabo de unos instantes tuvo que repetirlo con más fuerza y menos cortesía.

El hombre que apareció no tenía un aspecto impresionante. En primer lugar no llevaba uniforme de yachtmán. En segundo, necesitaba afeitarse y la repelente gorra que llevaba se inclinaba sin la menor elegancia. Parecía cubrir la mitad de su rostro. Finalmente, adoptaba una actitud de peculiar y sospechosa cautela.

-Soy Marjis Genro -dijo éste-. ¿Es suya esta nave?

-Sí, señor -respondió el hombre fríamente.

Genro no hizo caso de su tono. Echó la cabeza atrás y estudió cuidadosamente las líneas de la nave. Se quitó lo que quedaba del cigarrillo de los labios y lo lanzó al aire. No había alcanzado todavía la máxima altura de su arco cuando con un leve destello se desvaneció.

-¿Le importaría que entrase? -preguntó Genro.

El hombre vaciló un instante y se echó a un lado. Genro entró.

-¿Qué clase de motor lleva esta embarcación? -preguntó.

-¿Por qué la pregunta usted?

Genro era alto, tenía la piel y los ojos oscuros y llevaba, el cabello encrespado y corto. Le pasaba al otro media cabeza, y su sonrisa dejaba aparecer unos dientes blancos y espaciados.

-Para serle completamente franco -respondió-, deseo comprar una nueva embarcación.

-¿Quiere usted decir que le interesa ésta?

-No sé. Algo por este estilo, quizá, si el precio es justo.

Pero no sé si le molestaría que mirase los controles y motores...

El hombre permanecía silencioso, La voz de Genro adquirió un tono más frío.

-Como quiera, desde luego... -Y dio media vuelta.

-Quizá vendería... -dijo el hombre. Buscó en sus bolsillos-. Aquí está la patente -añadió.

Genro la examinó por todas partes con ojos experimentados.

-¿Es usted Deamone? -preguntó devolviéndosela.

El hombre asintió.

-Puede usted entrar si quiere. Genro examinó brevemente el gran cronómetro de a bordo, las palancas fosforescentes que relucían brillantemente incluso bajo la luz del día que indicaba la segunda hora después de la puesta de sol.

-Gracias. ¿Quiere mostrarme el camino?

El hombre buscó nuevamente en sus bolsillos y le tendió un manojo de llaves.

Subieron la corta rampa que llevaba a la compuerta de aire y entraron. Lenta y silenciosamente, la compuerta se abrió y Genro penetró en la oscuridad. La luz roja de la compuerta se encendió automáticamente mientras la puerta se cerraba tras ellos. La puerta interior se abrió y mientras entraban en la nave se encendieron las luces blancas en toda su longitud.

-Myrlyn Terens no tenía elección. No recordaba ya los remotos tiempos en que la palabra «elección» existía. Durante largas y desesperadas horas había estado cerca de la nave de Deamone esperando e incapaz de hacer otra cosa. Hasta entonces no le había llevado a nada. No veía que pudiese llevarle a otra cosa que a su detención.

y entonces aquel desconocido había llegado para mirar la nave. Tratar siquiera con él era una locura. Le sería imposible mantener la impostura estando en contacto con él. Pero tampoco podía permanecer donde estaba.

Por lo menos en el interior de la nave podía haber comida, Era extraño que no se le hubiese ocurrido antes. y la había.

-Es cerca de la hora de cenar -dijo Terens-. ¿Querría usted comer algo?

El desconocido no le había mirado ni por encima del hombro.

-Pues..., quizá más tarde. Gracias.

Terens no insistió. Le dejó estudiar la nave y se dedicó a la carne envasada y las frutas envueltas en celofán. Bebió con sed. Frente a la cocina había una ducha. Se encerró en ella y se duchó. Era un placer poderse quitar aquel gorro, aunque fuese temporalmente. Encontró incluso un estrecho armario en el que pudo cambiarse de ropa.

Cuando Genro regresó era mucho más dueño de sí mismo.

-Oiga, ¿le importaría que nave? -dijo.

-No hay inconveniente. ¿Sabe usted gobernar este modelo? -preguntó Terens con una perfecta imitación de la indiferencia.

-Así lo creo -dijo el otro con una sonrisa-. Me vanaglorio de poder gobernar cualquier tipo de nave normal. De todos modos, me he tomado la libertad de llamar a la torre de control y hay un pozo de despegue disponible, Aquí tiene usted mi título de navegante si quiere examinarlo antes de que salga.

Terens le dirigió una mirada tan breve como la que Genro había dirigido al suyo

-Los controles son suyos dijo

La nave salió del hangar deslizándose como una ballena aérea, avanzando lentamente, limpiando tres pulgadas de profundidad de la arcilla del campo con su casco diamagnético.

Terens observaba a Genro manejar los controles con una precisión matemática. La nave era un ser vivo bajo sus manos. La reducida imagen del campo reflejada en el visor cambiaba con cada maniobra y cada contacto.

La nave se detuvo asomando la punta en el pozo de lanzamiento. El campo diamagnético iba extendiéndose progresivamente hacia la proa de la nave que empezaba a elevarse. Terens no se dio cuenta de ello cuando la cabina del piloto giró sobre aros de suspensión universal para alcanzar la gravedad de lanzamiento. Majestuosamente los rebordes laterales de la nave encajaron con las ranuras del pozo. Se mantuvo erguida, señalando el cielo.

La tapa de duralita del pozo de lanzamiento retrocedió en su encaje mostrando la superficie neutralizada de cien yardas de profundidad que recibía las primeras descargas de energía de los motores hiperatómicos.

Genro mantenía un misterioso cambio de información con la torre de control. Finalmente, dijo:

-Diez segundos para el lanzamiento...

Una columna roja ascendente del interior de un tubo de cuarzo iba marcando los segundos transcurridos. Al establecer el contacto el primer empuje de energía les echó atrás.

Terens sintió que aumentaba de peso y empujaba contra el asiento, y el pánico se apoderó de él.

-¿Cómo va eso?

Genro parecía insensible a la aceleración. Su voz tenía la entonación natural cuando contestó:

-Moderadamente bien.

Terens se echó atrás en su asiento tratando de abandonarse a la presión, contemplando las estrellas en el visor, mientras se iban haciendo duras y brillantes a medida que la atmósfera se desvanecía entre la nave y ellas. El kyrte que llevaba tocando a la piel estaba frío y húmedo.

Estaban ya en el espacio. Genro iba poniendo la nave a su marcha normal. Terens hubiera sido incapaz de darse cuenta de ello, pero veía las estrellas cruzar rápidamente el visor mientras los afilados dedos del yachtman manejaban los controles como si fuesen las teclas de algún instrumento musical. Finalmente, el voluminoso segmento anaranjado de un globo llenó la clara superficie del visor.

-No está mal -dijo Genro-. Tiene usted la nave en buen estado, Deamone. Es pequeña, pero tiene sus cualidades.

-Supongo que querrá usted comprobar .su velocidad y su capacidad de salto -dijo Terens cautelosamente-. Puede hacerlo si quiere, no tengo inconveniente.

-Muy bien -asintió Genro-. ¿Dónde propone usted que vayamos? ¿Qué le parece...? -Vaciló, y por fin dijo:- Bien..., ¿por qué no Sark?

La respiración de Terens se aceleró ligeramente. Lo había esperado. Estaba a punto de creer que vivía en un mundo de magia. Era curioso cómo las cosas forzaban sus actos, aun sin darse cuenta de ello. No hubiera sido difícil convencerle de que no eran las «cosas», sino el destino el que dictaba las jugadas. Su infancia se había desarrollado en la superstición de que los Nobles se criaban entre los indígenas y estas cosas son difíciles de dominar. En Sark estaba Rik, COQ su memoria, a la que iba recuperando. El juego no había terminado.

-¿Por qué no, Genro?-dijo con calor.

-A Sark, pues -dijo Genro.

Con el aumento de velocidad el globo de Florina desapareció del campo visual del visor y reaparecieron las estrellas.

-¿Cuál es su mejor recorrido Sark-Florina? -preguntó Genro.

-Nada que haya batido el récord. Un tiempo medio.

-¿Entonces lo ha hecho en menos de seis horas?

-En alguna ocasión, sí.

-¿Tiene algún inconveniente en que pruebe de hacerlo en cinco?

-Ninguno -dijo Terens.

se necesitaron horas para alcanzar un punto suficientemente alejado de la distorsión de la masa estelar del espacio para hacer posible el salto.

Terens encontraba aquel estado de vigilia una tortura. Aquélla era la tercera noche que no había dormido, o muy poco, y la tensión de los días acentuaba la falta de reposo. Genro le miró de soslayo.

-¿Por qué no se duerme?

Terens hizo un esfuerzo por dar una expresión de vivacidad a sus cansados músculos faciales.

-No es nada -dijo- Nada...

Bostezaba prodigiosamente y se excusó sonriendo, El yachtman volvió a sus instrumentos y los ojos de Terens se nublaron de nuevo.

Los asientos de las naves del espacio son cómodos por necesidad. Tienen que proteger a las personas contra la aceleración. Un hombre que no esté particularmente cansado puede con mucha facilidad quedarse dormido en ellos. Terens, que hubiera sido capaz de dormir sobre un montón de cristal roto, no se enteró nunca de que hubiesen pasado la línea fronteriza.

Durmió apacible y profundamente. No se movía; no daba más signo de vida que su acompasada respiración cuando le quitaron el casco de la cabeza.

Se despertó lentamente. Durante varios minutos no tuvo la menor noción de dónde se encontraba. Creyó estar de nuevo en su casa de Edil. La verdadera situación fue apareciendo paulatinamente en su cerebro. Pudo incluso sonreír a Genro, que seguía atento a sus controles, y decirle:

-Me parece que me he quedado dormido.

-Me parece que sí. Aquí está Sark -dijo Genro señalando un amplio creciente blanco en el visor .

-¿Cuándo aterrizamos?

-Cosa de una hora...

Terens estaba lo bastante despierto ya para observar un cambio de actitud en su compañero. Fue para él una impresión que lo dejó helado darse cuenta de que el objeto de acero gris que Genro tenía en la mano resultaba ser el afilado cañón de una pistola-aguja.

-¿Qué diablos...? -dijo Terens poniéndose de pie.

-!Siéntese! -dijo Genro lentamente. En la otra mano llevaba un casco craneal.

Terens se llevó la mano a la cabeza y vio que sus dedos sólo agarraban su cabello arenoso.

-Sí -dijo Genro-. La cosa está clara. Eres un indígena.

Terens le miraba sin decir nada.

-Sabía que eras un indígena incluso antes de entrar en la nave del pobre Deamone.

Terens tenía la boca seca como el algodón y le ardían los ojos. Miraba el diminuto orificio del cañón de la pistola-aguja y esperaba ver salir de él de un momento a otro un destello silencioso. Había llegado lejos, muy lejos..., y al final había perdido la partida.

Genro no parecía tener prisa. Seguía sosteniendo su pistola-aguja y sus palabras mantenían la misma calma.

-Tu error básico, Edil, fue creer que podías burlar indefinidamente a una policía organizada. Aun así, habrías obrado mucho mejor si no hubieses fijado tu desafortunada elección en Deamone como víctima.

-No le elegí.

-Entonces llámalo mala suerte. Alstare Deamone estaba en City Park hace unas doce horas esperando a su mujer. No había otra razón más que la sentimental para que se encontrase allí accidentalmente y cada año se encontraban en el mismo lugar el día del aniversario de su encuentro. Esta especie de ceremonia entre maridos y mujeres casados no tiene nada de original, pero a ellos les parecía importante. Desde luego, Deamone no pensó jamás que lo solitario de aquel lugar pudiese hacerle fácil víctima de un crimen. ¿Quién hubiera creído eso en Ciudad Alta?

»Era una secuencia normal de acontecimientos que el crimen hubiese podido no descubrirse hasta al cabo de varios días, pero la esposa de Deamone se encontraba en el lugar del suceso a la media hora de haber ocurrido. El hecho de que su marido no estuviese allí la sorprendió. No era hombre, dijo, de marcharse furioso porque ella se hubiese retrasado unos instantes. Le ocurría con frecuencia. Debió incluso suponerlo. Se le ocurrió pensar que podía estar esperándola dentro de "su cueva".

»Deamone había estado esperándola fuera de "su cueva", en efecto. Era la más cercana al lugar de la agresión y aquella a la que arrastraron su cuerpo. Su mujer entró en la cueva y encontró..., en fin, ya sabes lo que encontró. Consiguió comunicar la noticia al Cuerpo de Patrulleros a través de nuestras oficinas del Depsec, pese a que se expresaba casi incoherentemente por la emoción.

»¿Qué impresión produce, Edil, matar' a un hombre a sangre fría y dejar el cuerpo para que lo encuentre su mujer en un lugar lleno de románticos recuerdos para ambos?

Terens se ahogaba. Trató de respirar a través de un rojo velo de rabia y decepción.

-Vosotros los sarkitas habéis matado millones de florinianos. Mujeres, niños. Os habéis enriquecido a costa de nosotros. Este yate...

Fue todo lo que pudo decir . -Deamone no tenía la responsabilidad del estado de cosas que encontró al nacer -dijo Genro-. Si hubieses nacido sarkita, ¿qué hubieras hecho? ¿Renunciar a tus tierras, si las tenías; e ir a trabajar a los campos de kyrt?

-Bien, entonces, dispara -dijo Terens-, ¿A qué esperas?

-No hay prisa. Tenemos mucho tiempo para poder terminar mi historia. No estábamos seguros de la identidad de la víctima ni de la del asesino, pero había grandes probabilidades de que fueseis Deamone y tú. Nos parecía claro porque las cenizas que encontramos al lado del cuerpo eran las del uniforme de patrullero que usabas para disfrazarte de sarkita. Nos parecía además probable que fueses hacia el yate de Deamone. No exageres nuestra estupidez, Edil.

»La cosa era todavía más compleja. Eras un hombre desesperado. Hubiera sido insuficiente encontrar tu pista. Ibas armado y sin duda te hubieras suicidado si te hubiésemos acorralado. Esto era lo que no queríamos. Te necesitaban en Sark y te necesitaban en buen estado.



»A mi modo de ver era un asunto particularmente delicado y necesitaba convencer al Depsec de que podía resolverlo yo solo y llevarte a Sark sin ruido ni dificultad. Tendrás que reconocer que eso es precisamente lo que estoy haciendo.

»Para decirte la verdad, te confesaré que al principio me preguntaba si eras nuestro hombre. Ibas vestido con las ropas corrientes de los empleados de los puertos del espacio. Era de un mal gusto increíble. A nadie se le ocurriría, pensé, suplantar a un yachtman sin el traje adecuado. Pensé que lo hacías deliberadamente, llevándonos a detenerte a ti mientras el verdadero culpable se escapaba en otra dirección.

»Vacilé y te sometí a otras pruebas. Traté de usar una llave equivocada de la nave. No hay nave inventada que se abra por la parte derecha de la compuerta de aire. Se abren siempre e invariablemente por el lado izquierdo. No mostraste ninguna sorpresa ante mi error. Ni la más mínima. Entonces pregunté si habías hecho el recorrido Sark-Florina en menos de seis horas y contestaste que, ocasionalmente, sí. Era extraordinario. El récord de duración mínima es de 9 horas.

»Decidí que no podías ser un reclamo. La ignorancia era demasiado clara. Tu ignorancia tenía que ser natural y tú eras el hombre que buscábamos. Era, pues, cuestión tan sólo de que te quedases dormido (y tu rostro demostraba con claridad que necesitabas dormir), desarmarte y tenerte a raya con el arma apropiada. Te quité el casco más por curiosidad que por otra cosa. Quería ver qué aspecto tenía un traje sarkita con una cabeza roja emergiendo de él.

Terens tenía la vista fija en el arma. Quizá Genro vio los músculos de su mandíbula contraerse. Quizá tan sólo supuso lo que Terens estaba pensando.

-Desde luego no tengo que matarte, aunque me atacases. No puedo matarte ni en legítima defensa, pero no creas que esto te da ninguna ventaja. Haz un movimiento y te parto una pierna.

El impulso de luchar se desvaneció en Terens. Se llevó las palmas de las manos a la frente y permaneció inmóvil.

-¿Sabes por qué te digo todo esto? -preguntó Genro. Terens no contestó.

-Primero -prosiguió Genro-, porque verdaderamente gozo viéndote sufrir. Detesto a los asesinos y especialmente a los indígenas que matan a sarkitas. Tengo orden de entregarte vivo, pero ninguna orden me obliga a hacerte el viaje agradable. Segundo, porque es necesario que estés bien al corriente de la situación, ya que, en cuanto aterricemos en Sark, los siguientes pasos serán cosa tuya...

-¿Cómo...? -exclamó Terens levantando la vista.

-El Depsec sabe que llegamos. El centro regional de Florina mandó la noticia en cuanto salimos de la atmósfera de Florina. Puedes estar seguro de ello. Pero ya te he dicho que tuve que convencer al Depsec de que podía resolver solo el asunto y toda la diferencia estriba en el hecho de que lo he conseguido.

-No lo entiendo -dijo Terens desesperado.

-He dicho -respondió Genro con calma que querían que te llevase a Sark, te querían en perfecto estado. Pero no me refiero al Depsec, me refiero a Trantor.

## 14

### El renegado

Selim Junz no había sido nunca un tipo flemático. Un año de desengaños no había ayudado a mejorarlo. No podía saborear un buen vino mientras su orientación mental reposaba sobre bases temblorosas. En una palabra, no era un Ludigan Abel.

Y cuando Junz había proclamado a gritos que bajo ningún concepto se daría a Sark la libertad de raptar y encarcelar a un miembro del CAEI, fuera cual fuese la red de espionaje de Trantor, Abel se había limitado a decir: «Me parece que será mejor que pase la noche aquí, doctor».

-Tengo cosas mejores que hacer -exclamó Junz frenético.

-No lo dudo, hombre, no lo dudo -respondió Abel-. De todos modos, si están apedreando a mis hombres hasta la muerte, Sark tiene que ser osado, desde luego. Hay grandes probabilidades de que le ocurra a usted un accidente antes de que termine la noche. Esperemos, pues, esta noche y veamos qué nos trae el nuevo día; Las protestas de Junz contra la inacción fueron inútiles. Abel, sin perder siquiera su frío y casi negligente aire de indiferencia, era de repente difícil de oír. Junz se vio acompañado con firme cortesía hasta su habitación.

Ya en la cama, fijó la vista en el techo ligeramente luminoso donde había pintado al fresco una copia mediocrementemente lograda del cuadro de Le11haden «Batalla de los Mundos Arcturianos», y supo que no dormiría. Finalmente hizo una inhalación ligera de gas «somnin» y se quedó dormido antes de necesitar otra. Cinco minutos después, cuando una corriente de aire barrió el anestésico de la habitación; había absorbido el suficiente para asegurarse ocho horas de sueño.

Despertó a la media luz fría de la mañana y miró a Abel.

-¿Qué hora es? -preguntó.

-Las seis.

-Se ha levantado temprano -dijo Junz sacando sus huesudas piernas de las ropas.

-No he dormido.

-¿Eh?

-No respondo ya al «antisomnin» como cuando era mas joven.

-Si me permite un momento... -murmuró Junz. Esta vez los preparativos para la mañana no le llevaron mucho más tiempo. Volvió a entrar en la habitación abrochándose el cinturón de su túnica y ajustando el receptor magnético.

-Bien -dijo-, seguramente no se despierta usted a medianoche y me saca de la cama a las seis si no tiene algo que decirme...

-Tiene razón. Tiene razón... -Abel se sentó en la cama que Junz había dejado vacía y echando la cabeza atrás se echó a reír, mostrando los dientes de plástico amarillento sobre unas encías descarnadas-. Perdona, Junz -dijo-. Tampoco yo estoy muy bien. Esta vigilia con drogas me da pesadez de cabeza. Estoy tentado de aconsejar a Trantor que me sustituyan por alguien más joven.

-¿Ha visto usted como al final no han conseguido coger al analista del espacio? -dijo Junz con una pizca de sarcasmo mezclada con una vaga esperanza.

-No. Lo siento, pero es así. Me parece que mi satisfacción se debe solamente a que nuestras redes están intactas.

Junz sintió el deseo de decir: «¡Ah, diablos, sus redes!», pero se abstuvo.

No cabe la menor duda de que sabían que Khorow era uno de nuestros agentes -prosiguió Abel-. Pueden conocer a otros de Florina. Es pez pequeño. Los sarkitas lo sabían y jamás han considerado útil hacer algo más que tenerlos en observación.

-Mataron a uno -hizo observar Junz.

-No es cierto -respondió Abel-. Fue uno de los compañeros del analista del espacio disfrazado de patrullero quien usó el detonador .

-No lo entiendo -dijo Junz mirándolo.

-Es una historia muy complicada. ¿Quiere usted desayunar conmigo? Tengo una urgente necesidad de comer.

Durante el café, Abel contó la historia de lo ocurrido durante las últimas treinta y seis horas.

Junz estaba asombrado. Dejó su taza de café medio llena y volvió al asunto.

-Aun admitiendo que de entre todas las naves se les ocurriese meterse en aquella, queda en pie el hecho de que podían no haberla descubierto. Si manda usted hombres al encuentro de esta nave en cuanto aterrice...

-¡Bah...! Hay algo mejor que hacer. Lo sabe usted muy bien. No hay nave moderna que no revele en el acto la presencia del exceso de calor de un cuerpo.

-Pudo pasar desapercibido. Los instrumentos serán infalibles, pero los hombres no.

-Un prudente pensamiento. Mire: En el preciso momento en que la nave, con el analista del espacio, se acerca a Sark, llegan informes perfectamente dignos de crédito de que el señor de Fife está reunido en conferencia con los otros Grandes Nobles. Estas conferencias intercontinentales están tan espaciadas como las estrellas de, la Galaxia. ¿Coincidencia? ,

-¿Una conferencia intercontinental sobre el analista del espacio?

-Un tema sin importancia por sí mismo, sí. Pero nosotros le hemos dado importancia. El CAEI ha estado buscándolo desde hace más de un año con una constante obstinación.

-Los Nobles no lo saben y no se lo creerían si se lo dijese. Además, Trantor se ha interesado también.

-A petición mía.

-Tampoco lo saben ni lo creerían.

Junz se levantó y su silla se apartó automáticamente de la mesa. Con las manos enlazadas con fuerza en su espalda, empezó a pasear sobre la alfombra, arriba y abajo. De vez en cuando miraba duramente a Abel.

Abel, imperturbable, se sirvió otra taza de café. -¿Cómo sabe todo eso? -preguntó Junz.

-¿Todo qué?

-Todo. Cómo y cuándo el analista del espacio se fugó. Cómo y de qué manera el Edil ha estado eludiendo su captura. ¿Es que tiene usted el propósito de engañarme?

-¡ Mi querido doctor Junz...!

-Reconoce usted haber tenido hombres buscando al analista del espacio aparte de mí. Se las arregló usted para tenerme fuera de su camino anoche sin dejar nada al azar... -Junz recordó, súbitamente, su inhalación de somnin.

-He pasado la noche en constante comunicación con mis agentes, doctor. Lo que hice y lo que supe entra dentro del epígrafe de, digamos. material clasificado. Tenía que estar usted fuera del camino, pero en seguridad. Todo lo que acabo de decirle lo he sabido esta noche por mis agentes.

-Para enterarse de lo que se ha enterado necesita usted tener espías en el mismo gobierno sarkita.

-Pues... naturalmente.

Junz se volvió rápidamente hacia el gobernador .

-Venga, diga.

-¿Lo encuentra sorprendente? Desde luego. Sark es proverbial por la estabilidad de su gobierno y la lealtad de su pueblo. La razón es bien sencilla, puesto que el más pobre de los sarkitas es un aristócrata comparado con los florinianos y puede considerarse a sí mismo, por falaz que sea la creencia, un miembro de la clase gobernante.

»Considero, sin embargo, que Sark no es el mundo de billonarios que la mayor parte de la Galaxia cree. Un año de residencia puede haberle convencido a usted de ello. Un ochenta por ciento de la población tiene un nivel de vida que está a la par con el de los demás mundos e incluso no mucho más alto que el del propio Florina. Siempre habrá un cierto número de sarkitas que, impelidos por la codicia, sentirán suficiente envidia de los que viven rodeados de lujo, y se presten a mis fines. El gran error del gobierno sarkita es haberse preocupado solamente de la rebelión contra Florina. Han olvidado ocuparse de sí mismos.

-Estos pocos sarkitas, suponiendo que existan -dijo Junz-, no pueden ser de mucha utilidad.

-Individualmente, no. Colectivamente, constituyen instrumentos muy importantes para nuestros hombres más importantes. Hay miembros incluso de la verdadera clase gobernante que han aprendido de memoria la lección de estos dos últimos siglos. Están convencidos de que al final Trantor asumirá el gobierno de toda la Galaxia; y están convencidos, creo, con razón. Sospechan incluso que el verdadero dominio puede establecerse durante el curso de su vida y prefieren establecerse, por adelantado, en el bando del ganador .

-Da usted de la política interestelar la idea de un juego muy sucio -dijo Junz con una mueca.

-Y lo es; pero, renegando de la suciedad, usted no la evita. No todas sus facetas son mera suciedad. Considere al idealista. Considere los pocos hombres del gobierno de Sark que sirven a Trantor no por dinero, ni por promesas de poder, sino únicamente porque creen con sinceridad que un gobierno unificado de la Galaxia es mejor para la humanidad, y que sólo Trantor puede erigir un tal gobierno. Tengo un hombre de éstos a mi servicio, el mejor de todos, del Departamento de Seguridad de Sark, y en este momento está trayendo al Edil. .

-Ha dicho usted que le habían capturado -dijo Junz.

-Por el Depsec, sí. Pero mi hombre pertenece al Depsec

y es mi hombre -durante un momento Abel frunció el ceño y cambió de tono. Su utilidad quedará considerablemente reducida después de esto. Una vez deje evadirse al Edil, será para él la destitución en el mejor de los casos y el encarcelamiento en el peor. ¡En fin... !

-¿Qué está usted planeando ahora?

-Apenas la sé. Primero, tenemos que ver a nuestro Edil. Sólo estoy seguro de su llegada al puerto espacial. Lo que ocurra después...

Abel se estremeció y su vieja y amarillenta piel cobró aspecto de pergamino en los pómulos.

-Los Nobles esperarán también al Edil -añadió-, Tienen la impresión de que la han cogido, y hasta que uno u otro de nosotros ID tenga en sus manos no puede ocurrir nada.

Pero esta afirmación era equivocada.

Estrictamente hablando, todas las embajadas extranjeras de la Galaxia mantenían derechos extraterritoriales sobre las áreas inmediatas a su ubicación. En general, esto no tenía otro valor que un piadoso deseo, a excepción de aquellos planetas cuya fuerza inspiraba respeto. En la práctica actual representaba que sólo Trantor podía mantener la independencia de sus enviados.

La Embajada de Trantor cubría cerca de una milla cuadrada y en su interior patrullaban hombres armados con uniforme trantoriano. Ningún sarkita podía entrar allí si no era por invitación, y jamás un sarkita armado bajo ningún pretexto. Desde luego, todos los hombres y las armas de los trantorianos no podrían resistir el ataque de un regimiento armado sarkita más allá de dos o tres horas, pero detrás de aquellas fuerzas estaba todo el poder" de represalias del organizado poderío de un millón de mundos.

Permanecía inviolado.

Podía incluso mantener comunicación material con Trantor sin necesidad de pasar por los puertos sarkitas de aterrizaje o entrada. Bajo el control de una nave madre trantoriana que navegaba en el justo límite de 1as cien millas que marcaban la frontera entre el «espacio planetario» y el «espacio libre», una serie de pequeñas gironavas de grandes palas equipadas para el viaje atmosférico con un mínimo de consumo de "energía, podía elevarse y bajar (medio deslizándose, medio cayendo) al pequeño puerto aéreo que se mantenía en los límites de los terrenos de la Embajada.

La giro-nave que aparecía en aquel momento sobre el puerto de la Embajada no era, sin embargo, ni esperada ni trantoriana. Las minúsculas fuerzas de la Embajada fueron rápida y truculentamente puestas en acción. Un cañón aguja apuntó inmediatamente al aire. Las pantallas de energía se levantaron. Circulaban mensajes radiados de una parte a otra. Se transmitían órdenes y empezaba a reinar la confusión. El teniente Camrum se apartó de su instrumento y dijo:

-No sé. Dice que van a borrarlo del cielo dentro de dos minutos si no le dejamos bajar. Apela a la inmunidad.

-¡Seguro! y entonces Sark reclamará porque intervenimos en su política, y si Trantor decide dejar que se desarrollen los acontecimientos, tú y yo quedaremos borrados del mapa -dijo el capitán Elyut, que acababa de entrar-. ¿Quién es?

-No lo quiere decir -respondió el teniente bastante exasperado-. Dice que tiene que hablar con el embajador. Dígame usted lo que tengo que hacer, capitán.

El receptor de onda corta lanzó unos chasquidos y con una voz medio histérica dijo:

-¿Es que no hay nadie ahí? Voy a bajar, se acabó. ¡Les digo que no puedo esperar ni un momento!

-¡Pardiez, yo conozco esta voz! -dijo el capitán-. ¡Déjele hablar! ¡Bajo mi responsabilidad!

Se transmitieron órdenes. La giro-nave bajó más rápidamente de lo que hubiera debido, pilotada por una mano inexperta y presa de pánico en el control. El cañón-aguja se mantenía sobre el blanco.

El capitán estableció una línea directa con Abel y toda la embajada se movilizó en estado de urgencia. El vuelo de las naves sarkitas que aparecieron en el cielo menos de diez minutos después de haber aterrizado la primera, mantuvo una amenazadora vigilancia durante dos horas y después se marcharon.

Abel, Junz y el recién llegado estaban cenando. Con admirable aplomo, teniendo en cuenta las circunstancias, Abel hizo el papel de anfitrión despreocupado.

Durante dos horas enteras se había abstenido de preguntar por qué un Gran Señor acudía a la inmunidad. Junz fue menos paciente. Le susurró a Abel:

-¿Qué va usted a hacer con él?

-Nada -le contestó Abel con una sonrisa-. Por lo menos antes de saber si tengo a mi Edil o no. Me gusta saber qué juego tengo antes de poner una ficha sobre el tapete. y puesto que ha acudido a mí, la espera le impacientará más que a nosotros.

Tenía razón. Dos veces el Noble inició un rápido monólogo y dos veces Abel dijo:

-¡Mi querido amigo! Una conversación seria tiene que ser muy desagradable para un estómago vacío... Sonríe y encargó la cena. Ya con el vino, el Noble intentó nuevamente hablar.

-Deben ustedes querer saber por qué me he marchado del continente de Steen...

-No concibo qué motivos puede tener el señor de Steen para huir de las naves sarkitas -confesó Abel.

Steen le miró fijamente. Su delgada figura y su pálido y demacrado rostro aparecían calculadores. Su largo cabello peinado en largos mechones sujetos por diminutos clips que producían un sonido metálico al rozarse cada vez que movía la cabeza parecían querer llamar la atención hacia el desprecio del peinado corriente sarkita. Sus ropas y su piel despedían una suave fragancia.

Abel, a quien no escapaba la leve forma de apretar los labios de Junz y la rápida manera como el analista del espacio se acariciaba su corto cabello, pensó cuán divertida hubiera sido la reacción de Junz si Steen hubiese aparecido más típicamente ataviado, con las mejillas pintadas de rojo :v sortijas en los dedos.

Hoy ha habido una conferencia intercontinental -dijo Steen.

-¿De veras? -preguntó Abel.

Abel escuchó el relato de la conferencia sin hacer el menor movimiento.

-Y tenemos veinticuatro horas -añadió Steen indignado-. Han pasado ya dieciséis horas. ¡Verdaderamente!

-Y usted es X -exclamó Junz, que se había ido poniendo nervioso durante el relato-. ¡Es usted X! ¡Ha venido aquí porque le han descubierto! Vaya, pues está bien. Abel, aquí tenemos la prueba de la identidad del analista del espacio: podemos utilizarlo para forzar la rendición del hombre.

Steen tenía dificultades para hacerse oír por encima de la voz abaritonada de Junz.

-¡No, de veras...! ¡No, les digo! Está usted loco. ¡Basta! ¡Déjeme hablar, le digo...! Excelencia..., no puedo recordar cómo se llama este hombre.

-Doctor Selim Junz, señor.

-Bien, pues, doctor Selim Junz, jamás en mi vida he visto a este idiota o analista del espacio o la que pueda ser. ¡De veras! ¡Jamás he oído una tontería parecida! No cabe duda de que no soy X. Les agradeceré que no usen siquiera esa estúpida letra. ¡Imaginan! ¡Dar crédito al estúpido melodrama de Fife!

-¿Por qué ha huido usted, entonces? -dijo Junz agarrándose a esta idea.

-¡Válgame Sark! ¿No está claro? ¡Oh, me estaba ahogando! Mire, ¿no ve usted lo que estaba haciendo Fife?

-Si quiere usted explicarse, señor, no será usted interrumpido -terció Abel lentamente.

-Bien, gracias, por lo menos -continuó con aire de ofendida dignidad-. Los demás no tienen un buen concepto de mí, porque no veo la necesidad de molestarnos con documentos y estadísticas y todos esos horribles detalles. Realmente, ¿para qué sirve el servicio civil, me gustaría saberlo, si un Gran Señor no puede ser un Gran Señor? »Sin embargo, esto no quiere decir que yo sea un inútil, ¿comprende?, porque me gustan mis comodidades. ¡No! Quizá los demás estén ciegos, pero yo veo claramente que Fife no daría ni un ochavo por el analista del espacio. No creo que exista. Fife tuvo esa idea hace un año y la está explotando desde entonces.

»Nos está tomando por idiotas. ¡De veras! y los demás lo son. ¡Idiotas repugnantes! Ha inventado toda esa absurda historia de idiotas y analistas del espacio. No me sorprendería que el indígena ese a quien se acusa de

estar matando patrulleros a docenas fuese uno de los espías de Fife con peluca roja. o, si es un verdadero indígena, imagino que está a sueldo de Fife.

»¡Esto no se lo tolero a Fife! ¡De veras! Emplea indígenas contra sus semejantes. Esto demuestra lo bajo que es. De todos modos, es obvio que los emplea sólo como excusa para arruinarnos a nosotros y hacerse dictador de Sark. ¿No lo ven ustedes claro?

»No hay tal X ni cosa que se le parezca, pero mañana lanzará una serie de subterfuegos hablando de conspiraciones y peligros y se hará declarar Jefe. No hemos tenido Jefe en Sark desde hace quinientos años, pero eso no le detendrá. ¡Que cuelguen de la horca la constitución! ¡De veras!

»Pero yo tengo la intención de detenerlo. Por eso he tenido que marcharme. Si no me hubiese movido de Steen estaría ya en la cárcel.

»En cuanto la conferencia terminó vi el puerto. El personal estaba vigilado y, ya sabe, sus hombres lo habían ocupado. Era un claro desprecio a la autonomía continental y un acto digno de un chiquillo. ¡De veras! Pero por vil que sea no es inteligente. Pensó que alguno de nosotros podría intentar abandonar el continente e hizo vigilar los espaciopuertos, pero -sonrió con una sonrisa de zorra y emitió una especie de risita-, no se le ocurrió hacer vigilar los giro-puertos.

»Probablemente pensó que no había ningún lugar en el planeta que ofreciese seguridad. Pero se me ocurrió pensar en la Embajada de Trantor, lo cual es más de lo que a los otros se les ocurrió. Me cansaron. Especialmente Bort. ¿Conoce a Bort? Es profundamente molesto. y mala persona. Me habla como si fuese algo malo tener aspecto limpio y oler bien.

Se llevó la punta de los dedos a la nariz y olió complacido.

Abel puso suavemente la mano sobre el puño de Junz al ver que éste se agitaba nervioso. -Ha abandonado a su familia -dijo Abel-. ¿No ha pensado que Fife tiene todavía un arma contra usted?

-Me era un poco difícil apretujar a toda mi gente en la giro-nave -dijo sonrojándose levemente-. Fife no se atreverá a tocarlos. Además, estaré de regreso en Steen mañana.

-¿Cómo? -preguntó Abel.

Steen le miró sorprendido y abrió los labios.

-Vengo a ofrecerle una alianza, Excelencia. No me va a negar que a Trantor le interesa Sark. Con toda seguridad le habrá dicho usted ya a Fife que todo intento de cambiar la constitución de Sark exige la aprobación de Trantor...

-Veo muy difícil la forma en que esto se llevase a cabo, aunque mi gobierno me apoyase -dijo Abel.

-¿Cómo puede no llevarse a cabo? -corrigió Steen indignado-. Si controla todo el comercio de kyrt, hará subir los precios, pedirá concesiones para entrega rápida y todo lo necesario.

-¿No controlan los precios en 1a actualidad ustedes cinco?

Steen se echó atrás en su silla y contestó:

-¡Verdaderamente...! No conozco los detalles. Pronto me preguntará usted las cifras. ¡Pardiez, es usted tan molesto como Bort! Lo digo en broma, desde luego. Lo que quiero decir es que, con Fife fuera de juego, Trantor puede llegar a un arreglo con nosotros. A cambio de su ayuda, sería muy justo que Trantor obtuviese un tratamiento de favor e incluso un pequeño interés en el comercio.

-¿Y cómo evitaremos que esta intervención se convierta en una guerra universal en la Galaxia?

-¡Oh! Pero... ¿no lo ve? ¡Está claro como el día! No serían ustedes los agresores. No harían más que evitar una guerra civil para salvar el comercio de kyrt de una catástrofe. Yo anunciaré que he acudido a usted en demanda de ayuda. Habrá varios mundos alejados de la agresión. Toda la Galaxia estará de nuestro lado. Desde luego, si más tarde Trantor saca un beneficio de ello..., no es asunto de nadie.

¡De veras!

Abel juntó sus roídas uñas y las miró. -No puedo creer que quiera usted realmente unir sus fuerzas a Trantor -dijo.

Un destello de profundo odio pasó fugazmente por los

ojos de Steen. -Antes Trantor que Fife...

-No me gusta amenazar con la fuerza -dijo Abel-. Podríamos esperar a que los acontecimientos se desarrollasen un poco...

-¡No, no! -exclamó Steen-. ¡Ni un día! Si no se muestra usted firme ahora será demasiado tarde. Una vez haya franqueado la línea crítica será demasiado tarde y no podrá retroceder sin perder la dignidad. Si me ayuda usted ahora, el puesto de Steen estará detrás de mí y los otros Grandes Señores se unirán a nosotros. Si espera usted un solo día el molino de la propaganda de Fife puede empezar a moler. Me considerarán un renegado. ¡De veras! ¡Yo! ¡Un renegado! Echará mano de todos los prejuicios anti-Trantor de que pueda disponer y, ya lo sabe usted, sin ánimo de ofender, no son pocos.

-¿Supongamos que le pidiésemos permiso para interrogar al analista del espacio?

-¿De qué serviría eso? Jugará las dos barajas. Nos dirá que el idiota floriniano es un analista del espacio, pero a ustedes les dirá que el analista del espacio es un idiota floriniano. No conoce usted a ese hombre. ¡Es horrible!

Abel reflexionó marcando el compás lentamente con el índice.

-Tenemos al Edil, sabe usted,.. -¿Qué Edil?

-El que mató a los patrulleros y al sarkita. -¡Ah!, ¿de veras? ¡Oh...! ¿Cree usted que a Fife le va a importar eso si se trata de apoderarse de todo Sark?

-Sí, lo creo. No es sólo que tengamos al Edil, ¿comprende?, se trata de las circunstancias de su captura. Me parece, Steen, que Fife me escuchará atentamente..., y con humildad, además.

Por primera vez desde que conocía a Abel, Junz sintió la frialdad disminuir en el tono de su voz, y ser sustituida por un tono de satisfacción, casi de triunfo.

## 15

### El cautivo

Lady Samia de Fife no estaba muy acostumbrada a sufrir decepciones. Era algo sin precedentes, incluso inconcebible, que llevase varias horas decepcionada.

El comandante del espacio-puerto volvía a ser enteramente el capitán Racety. Era cortés, casi obsequioso, parecía contrariado, expresaba su pesar, negaba el menor deseo de llevarle la contraria, pero se mostraba férreo contra sus menores deseos claramente expresados,

Finalmente se vio obligada, después de expresar sus deseos y exigir sus derechos, a obrar como si fuese una vulgar sarkita.

-Supongo que como ciudadana tendré el derecho, si quiero, de ir al encuentro de cualquier nave que llegue... -dijo en tono mordiente y duro.

El comandante se aclaró la voz y la expresión de contrariedad se acentuó en sus rígidas y acusadas facciones. Finalmente, dijo:

-Le aseguro, milady, que no tenemos el menor deseo de excluirla. Se trata sólo de que hemos recibido órdenes formales del Señor, su padre, de prohibirle acercarse a la nave.

-¿Es que me da usted orden de que abandone el puerto, entonces? -dijo en tono helado.

-No, milady. -El comandante se alegraba de poder temporizar-. No tenemos orden alguna de expulsarla del puerto. Puede permanecer aquí si tal es su deseo. Pero, con el debido respeto, tendremos que impedirle que se acerque usted a los pozos.

Se marchó; y Samia seguía sentada en el fútil lujo de su coche, a cien pies en el interior de la entrada principal del espacio-puerto. Habían estado esperándola y observándola. Seguirían seguramente observándola. Si osaba tan sólo, hacer dar una vuelta a una rueda, pensaba indignada, le cortarían probablemente la energía.

Rechinó los dientes. Era indigno por parte de su padre hacer aquello. Era un hombre de una pieza. La trataban siempre como si no entendiese nada. y no obstante, ella había creído que su padre la entendía.

Fife se levantó de su sillón para recibirla, cosa que no hacía por nadie desde que madre había muerto. La abrazó afectuosamente, dándole golpecitos en la espalda, dejó todo su trabajo por ella. Había despedido incluso a su secretario porque sabía que el aspecto blanquecino de los indígenas le inspiraba repugnancia.

Era casi como en los viejos tiempos, antes de que el abuelo muriese y papá no hubiese sido todavía elegido Gran Señor .

-Mia, hija -dijo-, he contado las horas. No pensé nunca que hubiese un camino tan largo desde Florina. Cuando supe que estos indígenas se habían metido en tu nave, la que yo había mandado precisamente para asegurar tu seguridad, creí volverme loco.

-¡Papá! ¡Si no había nada de qué preocuparse!

-¿Crees que no? ¡Estuve a punto de mandarte la flota entera a sacarte de allí y traerte con todas las garantías militares!

Se rieron los dos de la idea. Transcurrieron algunos minutos antes de que Samia pudiese llevar la conversación al tema que la interesaba.

-¿Y qué vas a hacer con los detenidos, papá? -preguntó Samia con fingida indiferencia.

-¿Y para qué quieres saberlo, Mia?

-¿No crearás que tenían el plan de asesinarme o algo así?

-No debes tener estas feas ideas -dijo Fife sonriendo.

-No lo crees, ¿verdad? -insistió ella.

-Desde luego. que no.

-¡Bien! Porque he hablado con ellos, papá, y creo que no son más que dos pobres seres desgraciados. No me importa lo que diga el capitán Racety.

-Tus «pobres seres desgraciados» han infringido una serie de leyes, Mia...

-No puedes tratarlos como vulgares criminales papá -dijo ella con el temor en la voz.

-¿Por qué no?

-El hombre no es un indígena. Es de un planeta llamado Tierra. Ha sido psicoprobado y es irresponsable.

-Bien, en ese caso, hija mía, el Depsec lo averiguará. Dejémoslo en sus manos.

-No, es demasiado importante para confiárselo a ellos. No lo entenderán. Nadie lo entiende. r Salvo yo!

-¿Sólo tú en todo el mundo, Mia? -dijo con indulgencia, apartando con un dedo un mechón de cabello que le había caído sobre la frente.

-¡Sólo yo! -respondió Samia con energía-. ¡Sólo yo! Todos los demás creerán que está loco, pero yo estoy segura de que no lo está. Dice que un gran peligro amenaza Florina y toda la Galaxia. Es analista del espacio y ya sabes que se especializó en cosmogonía. ¡Tiene que saberlo!

-¿Cómo sabes que es un analista del espacio, Mia? -Él lo dice.

-¿Y cuáles son los detalles del peligro?

-No lo sabe. Ha sido psicoprobado. ¿No ves que ésa es la mejor prueba de todo? Sabía demasiado. Alguien tenía interés en que no hablase. -Su voz bajó instintivamente de tono y se hizo confidencial. Dominó un impulso de mirar hacia atrás-. Si sus teorías son falsas -añadió-, ¿no ves que no hubiera habido necesidad de someterle a la psicoprueba?

-¿Por qué no lo mataron en este caso? -preguntó Fife, lamentando en el acto su pregunta. Era inútil atormentar a la muchacha.

Samia reflexionó un momento, infructuosamente; después, dijo:

-Si das orden al Depsec de que me dejen hablar con él, yo lo averiguaré. Tiene confianza en mí. Lo sé. Sacaré más de él que el Depsec. ¡Por favor, papá, di al Depsec que me dejen hablar con él! ¡Es muy importante!

Fife se restregó los puños lentamente y le sonrió. -Todavía no, Mia. Todavía no. Dentro de pocas horas

tendremos a la tercera persona en nuestras manos. Entonces, quizá.

-¿La tercera persona? ¿El indígena que cometió todos los asesinatos?

-Exactamente. La nave que lo transporta aterrizará dentro de una hora.

-¿Y no quieres hacer nada con la indígena y el analista hasta entonces?

-Nada absolutamente.

-¡Bien! Me voy a la nave -dijo levantándose.

-¿Adónde vas, Mia?

-Al puerto, padre. Tengo mucho que preguntar sobre este otro indígena. Te demostraré que tu Mia puede ser un buen detective -añadió echándose a reír .

Pero Fife no se hizo eco de su risa. En su lugar contestó:

-Preferiría que no fueses, Mia.

-¿Por qué no, papá?

-Es esencial que no se filtre nada referente a la llegada de ese hombre. Resultarías demasiado visible en el puerto.

-¿Y qué más da?

-No puedo explicártelo, estrategia espacial, Mia...

-Estrategia espacial..., ¡bah! -Se inclinó hacia él, depositó un beso en medio de su frente y salió.

Más tarde permanecía sentada y desfallecida en el puerto mientras muy alto sobre su cabeza aparecía un punto negro que iba aumentando de tamaño, destacándose sobre la brillantez del cielo de la tarde.

Apretó el botón que abría la guantera y sacó sus lentes de polo. Ordinariamente sólo los usaba para seguir las evoluciones de los artefactos giroscópicos individuales que servían para jugar al polo estratosférico, pero podían tener una utilidad más seria también. Se los puso y el punto que bajaba se convirtió en una nave miniatura, con el brillo del timón en la popa claramente visible.

Por lo menos vería a los hombres cuando se marchasen, averiguaría cuanto pudiese sobre ellos sólo por la vista, y arreglaría una entrevista como fuese, como fuese, después.

Sark llenaba la visiplaca. Un continente y medio océano, oscurecido en parte por el blanco algodón de las nubes, aparecía en la parte baja.

Con la voz un poco temblorosa que era el único indicio de que toda su atención estaba fija en los controles que tenía delante, Genro dijo:

-El puerto no estará severamente custodiado. Yo mismo se lo insinué. Les dije que unas precauciones inusitadas a 1a llegada de la nave podrían advertir a Trantor de que algo se tramaba. Dije también que el éxito dependía de que Trantor no se diese cuenta en ningún momento de la verdadera situación hasta que fuese demasiado tarde. Bien, dejemos esto.

-¿Qué diferencia puede haber? -dijo Terens encogiéndose de hombros con indiferencia.

-Mucha para ti. Puedes salir con toda seguridad por detrás en cuanto aterrice. Anda de prisa, pero no demasiado, hacia la puerta. Tengo algunos papeles que pueden facilitarte la salida sin obstáculos, pero también pueden no servir de nada. Dejo en tus manos proceder a la acción necesaria si hay dificultades; Por tu historia pasada, juzgo poder confiar en ti hasta aquí. Fuera de la puerta habrá un coche esperando para llevarte a la embajada. Eso es todo.

-¿Y usted?

Sark iba transformándose lentamente de una gran esfera sin forma con verdes, azules y pardos cegadores y blancas nubes en algo más vivo, en una superficie rota por los ríos y arrugada por las montañas.

En el rostro de Genro se esbozaba una sonrisa fría y malhumorada.

-Tus preocupaciones pueden terminar contigo mismo. Cuando descubran que te has fugado puedo ser fusilado por traidor. Si me encuentran completamente inconsciente e incapaz de haberte detenido, pueden considerarme sólo un imbécil. Esto último, supongo, es preferible, de manera que voy a pedirte, antes de que te marches, que uses el látigo neurónico sobre mí.

-¿Ya sabe usted cómo es un látigo neurónico? -preguntó el Edil.

-Muy bien -dijo Genro, con gotas de sudor en su frente. -¿Cómo sabe que no voy a matarle después? Soy el asesino de un Noble, ya lo sabe...

-Lo sé. Pero matarme a mí no te ayudará. No hará más que hacerte perder el tiempo. He corrido peligros mayores.

La superficie de Sark iba extendiéndose por el visor con los arrugados bordes fuera del campo visual. El centro crecía y aparecían nuevos bordes en lugar de los antiguos. Podía verse ya algo parecido al arco iris de la ciudad sarkita.

-Espero que no tengas la idea de lanzarte otra vez adelante -dijo Genro-. Sark no es lugar para eso. Es Trantor o los Nobles. Recuérdalo.

La visión era ya netamente la de una ciudad con una mancha de color pardo oscuro en las afueras que era el espacio-puerto. Parecía subir flotando hacia ellos a velocidad moderada.

-Si Trantor no te ha cogido en el espacio de una hora -dijo Genro-, los Nobles te tendrán antes de que el día haya terminado. No te garantizo lo que Trantor haría contigo, pero puedo garantizarte lo que hará Sark.

Terens había estado en el Servicio Civil. Sabía muy bien lo que Sark hacía con el asesino de un Noble.

El puerto seguía apareciendo en el visor, pero Genro no lo miraba ya. Manejaba los instrumentos colocando la nave de cola a tierra. A cien yardas sobre el pozo los motores tronaron con más fuerza. Terens sentía el estremecimiento de los resortes hidráulicos. Se agitaba en su silla.

-Toma el látigo -dijo Genro-. Pronto ya. Cada segundo cuenta. La compuerta de peligro se cerrará detrás de ti. Necesitarán cinco minutos para preguntarse por qué no abro la compuerta principal, cinco más para entrar, otros cinco para empezar a buscarte. Tienes quince minutos para salir del espacio-puerto.

El estremecimiento cesó y en medio del profundo silencio Terens supo que habían establecido contacto con Sark. Los campos diamagnéticos entraron en acción. El yate se inclinó majestuoso y se posó lentamente sobre su flanco.

-¡Ya! -dijo Genro. Su uniforme estaba empapado de sudor .

Terens, dándole vueltas la cabeza y los ojos negándose a enfocar nada, levantó su látigo neurónico...

Terens sintió la dentellada del otoño sarkita. Había pasado años en sus rigurosas estaciones hasta haber casi olvidado el suave y eterno junio de Florina. Ahora los días de su Servicio Civil volvían a él como si no hubiese abandonado jamás aquel mundo de Nobles.

Salvo que ahora era un fugitivo y suspendido sobre él estaba el peor de los crímenes, el asesinato de un Noble. Andaba al ritmo de los latidos de su corazón. Tras él quedaba la nave y en ella Genro, helado en el sufrimiento del látigo. La compuerta se había cerrado suavemente tras él, y ahora andaba por un ancho sendero pavimentado. A su alrededor había una multitud de trabajadores y mecánicos. Cada cual con su trabajo y sus preocupaciones. No se detenían para mirar a un hombre a la cara. No tenían ningún motivo.

¿Le habría visto alguien, sin embargo, salir de la nave? Se dijo que no debía haberle visto nadie, o hubiese ya estallado el tumulto de la persecución.

Se llevó la mano al sombrero y vio que estaba aún hundido hasta las orejas y la pequeña insignia que llevaba era suave al tacto. El hombre de Trantor le había dicho que aquello le serviría de identificación. Los hombres de Trantor buscaría precisamente aquel medallón que relucía al sol.

Podría quitárselo, andar errante por su cuenta, buscar otra nave, algo... Podría huir de Sark..., como fuese. Escapar..., como fuese.

¡Demasiados «como fuese»! En el fondo de su corazón sabía que había llegado al final, que, como Genro le había dicho, era Trantor o Sark. Odiaba y temía Trantor, pero sabía que con elección o sin ella no podía, no debía permanecer en Sark.

-¡Usted! ¡Usted, aquí!

Terens se quedó helado. Levantó la vista presa de pánico. La puerta estaba a un centenar de pies. Si echaba a correr... Pero no dejarían que un hombre que corría saliese; Era algo que no se atrevía a hacer. No tenía que correr .

La muchacha le estaba mirando desde la ventanilla de un coche como Terens no había visto nunca, ni durante sus quince años en Sark. Brillaba como el metal y centelleaba como una sustancia translúcida.

-Suba -dijo ella.



Las piernas de Terens le llevaron lentamente al coche. Genro le había dicho que un coche le esperaría fuera del puerto. ¿No era eso? ¿y mandarían una mujer con esa misión? Una muchacha, en realidad. Una muchacha con el rostro moreno, bello.

-Ha llegado usted en la nave que acaba de aterrizar, ¿verdad?

Terens permaneció silencioso.

-¡Vamos, le he visto salir de la nave! -exclamó ella poniéndose impaciente y señalando sus lentes. Terens los había visto ya otras veces.

-Sí, sí... -murmuró Terens.

-Suba, entonces.

Le abrió la puerta; El coche era más lujoso todavía por dentro. El asiento era blando, todo él olía a nuevo y fragante y la muchacha era muy bella.

Le estaba poniendo a prueba, pensó Terens. Se llevó los dedos al medallón.

-Ya sabe usted quién soy -dijo.

Sin el menor indicio de la fuerza que lo movía, el coche avanzó.

Al llegar a la puerta, Terens se reclinó en el suave asiento tapizado de kyrt como para esconderse, pero no tenía por qué tomar precauciones. La muchacha habló autoritariamente y pasaron.

-Este hombre es de los míos -dijo-. Soy Samia Fife.

Tan cansado estaba Terens, que necesitó algunos segundos para oír y entender aquello. Cuando de nuevo se incorporó en su asiento, el coche avanzaba a cien millas por hora.

Un trabajador del interior del espacio-puerto levantó la vista desde donde estaba y le murmuró algo a su solapa. Después volvió a entrar en el edificio y reanudó su trabajo. Su superintendente frunció el ceño y tomó mentalmente nota de hablar con Tip de esa costumbre de salir y pasarse media hora fumando cigarrillos.

Fuera del puerto, uno de los dos hombres que ocupaban un coche le dijo al otro con indiferencia:

-¿Que ha entrado en un coche con una muchacha? ¿Qué coche? ¿Qué muchacha? -Pese a su traje sarkita, su acento pertenecía indiscutiblemente a los muchos sarkitas del Imperio Trantoriano.

Su compañero era un sarkita, bien versado en transmisiones visuales, Cuando el coche en cuestión franqueó la puerta y adquirió velocidad, se incorporó sobre su asiento y dijo:

-Es el coche de lady Samia, No hay ninguno como el suyo. ¡Por la Galaxia...! ¿Qué hacemos?

-Seguirlo -dijo el otro brevemente. -Pero lady Samia...

-Para mí no es nadie. No debe serlo tampoco para ti, De lo contrario, ¿qué estás haciendo aquí?

-Su coche iba siguiendo también el mismo itinerario y alcanzando las pistas donde sólo las más altas velocidades estaban permitidas.

-No podemos alcanzar a ese coche -gruñó el sarkita-. En cuanto se ,dé cuenta, la perderemos de vista. Su coche puede hacer las doscientas cincuenta.

-Hasta ahora no se mueve de las cien -dijo el arcturiano.

Pasaron algunos minutos y añadió:

-Me pondría a volar por el espacio si supiese adónde va. Va a salir de la ciudad otra vez.

-¿Cómo sabemos que es el asesino del Noble quien va allá? -preguntó el sarkita-. Supón que sea un truco para apartarnos de nuestro puesto. No trataría de sorprendernos ni usaría un coche como éste si no quisiera que la siguiesen. Es imposible perderlo de vista a dos millas de distancia.

-Lo sé, pero Fife no mandaría a su hija para quitarnos de su camino, Un escuadrón de patrulleros hubiera hecho mejor el oficio.

-Quizá no sea mi lady quien va allá...

-Vamos a averiguarlo, hombre. Modera la marcha. Pásala como una centella y detente detrás de la curva.

-Quiero hablar con usted -dijo la muchacha. Terens comprendió que no era el tipo de trampa en que había creído caer. Era mi lady Fife. Tenía que serlo. No parecía ocurrírsele siquiera la idea de que nadie tuviese o pudiese intervenir en sus actos.

No se había vuelto ni una sola vez para ver si la seguían. Tres veces durante los virajes Terens se había dado cuenta de que el mismo coche les seguía, ni acortando la distancia que los separaba ni aumentándola.

No era sólo un coche. Eso era cierto. Podía ser Trantor / en cuyo caso todo iba bien. Podía ser Sark, en cuyo caso la dama sería un importante rehén.

-Estoy dispuesto -dijo él.

-¿Iba usted en la nave que transportaba al indígena de Florina? ¿El que buscan por todos aquellos asesinatos?

-Ya le dije que sí.

-Muy bien. Ahora le he traído aquí, de manera que nadie nos molestará. ¿Fue interrogado el indígena durante su viaje a Sark?

Una tal ingenuidad, pensó Terens, no podía ser fingida. Verdaderamente, no sabía quién era él. Cautelosamente, respondió:

-Sí.

-¿Estaba usted presente en el interrogatorio?

-Sí.

-Bien. Me lo imaginaba. A propósito, ¿por qué ha abandonado usted la nave?

Ésta, pensó Terens, era la primera pregunta que hubiera debido hacerle.

-Tenía que comunicar un informe especial a...

Vaciló y ella saltó en el acto sobre su vacilación.

-¿A mi padre? No se preocupe por eso. Yo le protejo. Diré que ha venido usted conmigo por orden mía.

-Muy bien, milady -dijo él.

La palabra «milady» resonaba extrañamente en su conciencia. Era una «lady», la más importante del mundo, y él un floriniano. Un hombre capaz de matar patrulleros podía aprender fácilmente a matar nobles y un asesino de nobles podía, con la misma osadía, mirar a una lady cara a cara.

La miró con los ojos duros y escrutadores. Levantó la cabeza y bajó la vista hacia ella. Era muy bella. Y porque era la dama más importante de aquella tierra no se dio cuenta de su mirada.

-Quiero que me diga todo lo que oyó del interrogatorio-dijo-. Quiero saber todo lo que dijo el indígena. Es muy importante.

-¿Puedo preguntar por qué se interesa usted por él? -No -dijo secamente. -Como quiera, milady.

No sabía qué iba a decir. Con media conciencia estaba esperando que el coche que les perseguía los alcanzase. Con la otra media iba dándose cuenta creciente del rostro y el cuerpo de la muchacha que tenía al lado.

Los florinianos del Servicio Civil y los que actúan como Ediles eran, teóricamente, solteros. En la práctica, la mayoría eludían esta restricción cuando les era posible. Terens había hecho lo que había podido y osado en ese sentido. En el mejor de los casos, sus pruebas no habían sido nunca satisfactorias.

Así, la cosa resultaba mucho más importante por el hecho de que no se había encontrado nunca tan cerca de una muchacha tan bella en un coche tan lujoso y en tales condiciones de soledad.

Samia esperaba que él hablase, sus ojos negros (¡ay qué ojos!) inflamados por el interés, los labios rojos y plenos separados por la expectación, su cuerpo tanto más bello por ir envuelto en el más bello kyrt. Jamás hubiera podido pensar que nadie, nadie, pudiese tener la osadía de albergar peligrosos pensamientos acerca de la Dama de Fife.

La mitad de su conciencia que esperaba la llegada de los perseguidores se desvaneció.

Se dio súbitamente cuenta de que el asesinato de un Noble no era, al fin y al cabo, el último de los crímenes.

No se dio cuenta de que se movía. Supo solamente que aquel delicioso cuerpo estaba en sus brazos, que se ponía rígido, que por un instante gritaba, y de que él ahogaba sus gritos con sus labios.

Sintió la presa de unas manos sobre su hombro y la corriente de aire al abrirse la portezuela del coche. Sus dedos buscaron el arma, pero era ya demasiado tarde. Le fue arrebatada de la mano.

Samia jadeaba sin poder hablar.

-¿Ha visto lo que ha hecho? -dijo el sarkita.

-¡Déjalo! -respondió el arcturiano-. ¡Cógelo! -dijo, metiéndose un pequeño objeto negro en el bolsillo.

El sarkita arrastró a Terens fuera del coche con la energía de la furia sin contención.

-Y ella le ha dejado... -murmuró-. Le ha dejado.

-¿Quiénes son ustedes? -exclamó Samia con súbita energía-. ¿Les ha mandado mi padre?

-Nada de preguntas, por favor -dijo el arcturiano.

-Usted es un extranjero -dijo Samia con cólera.

-¡Pardiez, hubiera debido partirle la cabeza -dijo el sarkita levantando el puño.

-¡Basta! -mandó el arcturiano agarrando el puño del sarkita y echándolo atrás. -Para todo hay un límite -gruñó el sarkita tristemente-. Soy capaz de detener un asesino y tener ganas de matarlo yo mismo, pero estar aquí viendo lo que ha hecho es demasiado para mí.

Con una voz extraña y un tono agudo anormal, Samia dijo:

-¿Indígena?

El sarkita se inclinó hacia delante y arrancó brutalmente la gorra de Terens. Éste palideció pero no hizo ningún movimiento. Mantenía la mirada fija en la muchacha y su cabello de arena se movía bajo la brisa.

Samia se deslizó hacia el fondo del asiento del coche cuanto pudo y allí, con un rápido movimiento, se cubrió el rostro con las dos manos con tal fuerza que sus dedos se pusieron blancos por la presión.

-¿Qué hacemos con ella? -preguntó el sarkita.

-Nada.

-Nos ha visto. Va a mandar a todo el planeta detrás de nosotros antes de que hayamos recorrido una milla.

-¿Vas a matar acaso a la Dama de Fife? -preguntó el arcturiano sarcásticamente.

-No, pero podemos estropear su coche. En el tiempo en que llegue a un radio-fono estaremos a salvo.

-No es seguro. -El arcturiano se asomó al interior del coche-. Milady, tengo sólo un momento. ¿Puede usted escucharme?

Samia no se movió.

-Será mejor que me escuche -prosiguió el arcturiano-. Lo siento; la he interrumpido a usted en un momento tierno, pero por suerte este momento me será útil. Obré rápidamente y he registrado la escena en tri-cámara. No es un « bluff ». Transmitiré el negativo a un lugar seguro pocos minutos después de haberla dejado ya partir de entonces cualquier interferencia por su parte me obligará a obrar cruelmente. Estoy seguro de que me entiende...

-No dirá nada -dijo alejándose-. Ni una palabra. Vamos, vente conmigo, Edil.

Terens le siguió. No pudo siquiera volver la cabeza hacia el blanco rostro del interior del coche.

Pasase lo que pasase ahora, había realizado un milagro. Durante un momento había besado a la orgullosa dama de Fife, había sentido el blando contacto de sus suaves y fragantes labios.

## 16

### El acusado

La diplomacia tiene un lenguaje y una serie de actitudes que le son propias. Las relaciones entre los representantes de las naciones soberanas, mantenidas estrictamente de acuerdo con el protocolo, son estilizadas y embrutecedoras. La frase «desagradables consecuencias» se convierte en un sinónimo de guerra, y «con arreglo conveniente», en rendición.

Cuando se sentía él mismo, Abel prefería abandonar aquel doble lenguaje diplomático. Con una línea directa y personal conectándolo con Fife, hubiera podido tomársele por un hombre de más edad hablando amistosamente con él por encima de dos vasos de vino.

-Ha sido muy difícil de conseguir, Fife -dijo.

Fife sonrió. Parecía estar muy tranquilo y despreocupado.

-Un día muy ocupado, Abel...

-Sí, la he oído decir .

-¿Steen...? -preguntó con indiferencia.

-En parte. Ha estado siete horas con nosotros.

-Lo sé. Es culpa mía, además. ¿Tiene usted intención de entregárnoslo?

-Temo que no.

-Es un criminal.

Abel se rió y examinó atentamente el vaso que tenía en la mano, contemplando las lentas burbujas.

-Me parece que podremos encontrar un pretexto para considerarlo como refugiado político. La ley interestelar lo protegerá en territorio trantoriano.

-¿Le apoyará a usted su gobierno?

-Creo que sí, Fife. No llevaré treinta y siete años en Asuntos Exteriores sin saber lo que Trantor apoyará o no.

-Puedo hacer que Sark le llame a usted.

-¿Y qué sacará con eso? Soy un hombre pacífico con quien está usted en buenas relaciones. Mi sucesor podría ser cualquiera.

Hubo una pausa. El carácter de Fife se impacientaba. -Me parece que tiene usted alguna proposición que hacer .

-La tengo. Usted tiene un hombre nuestro.

-¿Qué hombre de usted es?

-Un analista del espacio. Un hombre de Tierra que, dicho sea de paso, pertenece a los dominios de Trantor.

-¿Steen le ha dicho a usted eso? -Entre otras cosas.

-¿Ha visto al hombre de Tierra? ,

-No lo ha dicho.

-Bien. Pues no lo ha visto. En estas circunstancias, dudo que pueda usted tener fe en su palabra.

Abel dejó su vaso. Se llevó las manos al regazo y dijo:

-De todos modos, estoy seguro de que el terrestre existe. Le digo, Fife, que tendríamos que actuar juntos en este asunto, Yo tengo a Steen y usted tiene al terrestre. En cierto modo estamos a la par. Antes de que siga usted adelante con sus planes de las corrientes, antes de que su *ultimátum* expire y su *coup d'état* tenga lugar, ¿por qué no celebrar una conferencia sobre la situación general del kyrt?

-No veo la necesidad. Lo que ocurre actualmente en Sark e5: un asunto puramente interno. Estoy dispuesto a garantizar personalmente que no habrá interferencia alguna en el mercado de kyrt debido a los acontecimientos políticos de aquí. Creo que esto debe colmar los legítimos deseos de Trantor.

Abel tomó un sorbo de su vino y pareció reflexionar.

-Parece que tenemos un segundo refugiado político -dijo al final-. Es un caso curioso. Es uno de sus súbditos florinianos, por cierto. Un Edil. Myrlyn Terens, dice llamarse...

Los ojos de Fife echaron súbitamente chispas.

-Lo sospechábamos. ¡Por Sark, Abel, las abiertas interferencias de Trantor en este planeta 'tienen un límite! El hombre que han raptado ustedes es un asesino. No pueden ustedes hacer de él un refugiado político...

-Bien, entonces, ¿quiere usted a ese hombre?

-¿Tiene usted una proposición en vistas? ¿Es ésta?

-La conferencia de que le hablado.

-¿Por un asesino floriniano? ¡De ninguna manera!

-Pero la manera como el Edil consiguió escaparse es muy curiosa. Quizá pueda interesarle...

Junz andaba arriba y abajo de la habitación moviendo la cabeza. La noche estaba ya bastante avanzada. Hubiera querido poder dormir, pero sabía que necesitaría el somnín una vez más.

-Pude haber amenazado con la fuerza, como propuso Steen. Pero no hubiese estado bien. Los riesgos hubieran sido horribles y los resultados inciertos. Sin embargo, hasta que trajeron al Edil, no vi alternativa, a excepción, desde luego, de una política de inacción.

-¡No! -exclamó Junz moviendo la cabeza violentamente-. ¡Había que hacer algo! y sin embargo equivalía a un chantaje. Exactamente lo que hizo; No soy hipócrita, Abel. O por lo menos trato de no serlo. No voy a condenar sus métodos cuando pienso sacar pleno provecho de sus resultados. Pero ¿qué hay de la muchacha?

-No le pasará nada mientras Fife respete lo convenido,

-Me da lástima. He acabado detestando a estos aristócratas sarkitas por lo que han hecho en Florina, pero no puedo evitar sentir lástima por ella.

-Como individuo, sí. Pero la verdadera responsabilidad reside en Sark mismo. Mire usted, ¿ha besado usted alguna vez una muchacha en un coche?

Un esbozo de sonrisa apareció en la comisura de los labios de Junz.

-Sí...

-Yo también, si bien tengo que evocar recuerdos más remotos que usted, imagino. Mi nieta mayor está probablemente practicándolo en este momento; no me extrañaría. ¡Qué es un beso robado en un coche, de todos modos, sino la expresión del sentimiento más natural en la Galaxia!

-Oiga, oiga, amigo mío. Aquí tenemos una muchacha reconocida como perteneciente a la más alta clase social que se encuentra por error en el mismo coche que un, digamos, -criminal. Aprovecha la oportunidad para besarla. Lo hace por impulso y sin su consentimiento. ¿Qué sentimientos tienen que ser los suyos? ¿Qué sentimientos tienen que ser los de su padre? ¿Disgustado? Quizá. ¿Contrariedad? Ciertamente. ¿Ofendida? ¿Insultada? ¿Odio? Todo eso, sí. Pero ¿deshonrada? ¡No! ¿Suficientemente deshonrada como para aceptar poner en peligro importantes asuntos de estado para evitar verse delatada? ¡No!

»Pero ésta es exactamente una situación que sólo puede presentarse en Sark. Lady Samia sólo es culpable de consentimiento y una cierta candidez. Ha sido besada muchas veces ya, estoy seguro de ello. Si vuelve a besar, si besa innumerables veces, a quien sea, menos a un floriniano, nadie dirá nada. ¿Pero besó un floriniano!

»No tiene importancia que no supiese que era un floriniano. No tiene importancia que él la besase a la fuerza. Dar publicidad a la fotografía que tenemos de Lady Samia en brazos del floriniano sería hacer la vida insoportable para ella y para su padre. Vi el rostro de Fife cuando vio la reproducción. No había forma de dar por cierto que el Edil era un floriniano. Llevaba un traje sarkita y una gorra que cubría perfectamente su cabello. Era de piel blanca, pero eso no es una prueba. Sin embargo, Fife sabía que el rumor la aceptarían gustosamente hombres interesados en el escándalo y la sensación, y que la fotografía se consideraría prueba irrefutable. y sabía que sus enemigos políticos sacarían todo el provecho posible de ella. Puede usted llamarlo chantaje, Junz, y quizá lo sea, pero es un chantaje que no surtiría efecto en ningún otro planeta de la Galaxia. Su corrompido sistema social nos da un arma y no tengo el menor remordimiento en usarla.

-¿Qué se ha convenido finalmente? -preguntó a Junz con un suspiro.

-Nos reunimos mañana a mediodía.

-¿Su ultimátum se ha aplazado, entonces?

-Indefiniblemente. Estará en su despacho en persona. -¿Es necesario ese riesgo?

-No es tan arriesgado como todo eso. Habrá testigos. y siento verdaderas ansias de encontrarme en presencia material de ése analista del espacio que tanto tiempo lleva usted buscando.

-¿Asistiré yo? -preguntó Junz con ansia.

-¡Oh, sí! Y el Edil también. Lo necesitamos para identificar al analista del espacio. Y Steen, desde luego. Todos estarán presentes en personificación tridimensional.

-Gracias.

El embajador de Trantor ahogó un bostezo.

-Y ahora, si no le importa, llevo dos días y una noche sin dormir y temo que mi anciano cuerpo no pueda soportar más esta situación. Necesito descanso.

Con la personificación tridimensional perfeccionada, las conferencias raras veces se celebraban cara a cara. Fife sentía con intensidad un algo de inconveniencia en la presencia material del viejo Embajador. Su tez olivácea no podía decirse que se hubiese oscurecido pero en sus facciones se dibujaba un odio silencioso. Tenía que permanecer en silencio. No podía decir nada. Tenía que limitarse a mirar melancólicamente a los hombres que tenía enfrente.

¡Junz! Un hombre de piel oscura y cabello crespo cuyas intervenciones habían provocado la crisis.

¡Abel! Un viejo decrepito vestido de harapos con un millón de mundos tras de él

¡Steen! ¡El traidor! ¡Temeroso de afrontar sus ojos! ¡El Edil! Mirarle a él era lo más difícil de todo. Era el indígena que había deshonrado a su hija sólo con el tacto, y sin embargo, permanecía a salvo e intocable detrás de los muros de la Embajada de Trantor. Hubiera podido rechinar los dientes y destrozar su mesa si hubiese estado solo. En esta Situación; ni un solo músculo de su rostro podía moverse pese a que temblase y se torciese bajo la tensión.

Si Samia no hubiese... Dejó correr la cuestión. Su propia negligencia había dado, origen a su independencia y voluntad y ahora no podía censurárselo. No había tratado de excusarse, sino de admitir su culpabilidad. Le había contado toda la verdad sobre su intento de hacer el papel de espía interestelar y la forma horrible en que había terminado, Se había confiado enteramente, en su vergüenza y amargura, a su comprensión, y no había quedado defraudada. No había quedado defraudada, aunque aquello representase la ruina' de toda la maquinación que él había estado edificando.

-Esta conferencia me ha sido impuesta -dijo-. No veo la necesidad de decir nada. Estoy aquí para escuchar.

-Me parece que Steen quisiera ser el primero en hablar -dijo Abel.

Fife contempló con desprecio al repulsivo Steen.

-¡ Usted me ha obligado a volverme hacia Trantor, Fife! -exclamó Steen-. ¡Ha violado usted el principio de autonomía! No podía esperar que yo lo tolerase. ¡De veras!

Fife no contestó nada y Abel, no sin un cierto desprecio también, dijo:

-Limítese a su papel, Steen. Dijo usted que tenía que decir algo. ¡ Dígalo!

Los pómulos de Steen enrojecieron sin necesidad de colorete;

-¡Lo diré! y ahora mismo. Desde luego, no pretendo ser el detective que el señor de Fife se jacta de ser, pero puedo pensar. ¡De veras! y he estado pensando. Fife nos contó ayer una historia acerca de un misterioso traidor llamado X. Me di cuenta de que no era más que un pretexto para declarar el estado de emergencia. No me engañó ni un solo minuto.

-¿Entonces no existe X? -preguntó Fife tranquilamente-, ¿Entonces por qué huyó? El hombre que huye no necesita otra acusación.

-¿Lo cree así? ¿De veras? Pues yo huiría de un edificio que ardiese, aunque no lo hubiese incendiado yo.

-Siga adelante, Steen -dijo Abel. Steen se pasó la lengua por los labios y permaneció un minuto contemplando sus uñas, puliéndolas mientras hablaba.

-Pero entonces pensé: ¿para qué inventar toda esa historia Con todas sus complicaciones y fantasías? No es su estilo. ¡De veras! No es el estilo de Fife. Lo Conozco. Todos lo conocemos. ¡Es un bruto! No tiene la menor imaginación, Excelencia. Casi tan malo como Bort.

-¿Es que dice algo, Abel, o sólo divaga? -preguntó Fife.

-Seguiré, si me dejan hablar. ¡Pardiez! ¿De qué lado está usted? ¿Por qué inventaría Fife una historia como ésa?, me dije. No había más que una respuesta. Era incapaz de inventarla. ¡ Con su cerebro...no! Luego era verdad. Tenía que ser verdad. Y, desde luego, los patrulleros habían sido asesinados, pese a que Fife es absolutamente incapaz de haberlo tramado.

Fife se encogió de hombros. -Pero... ¿quién es X? -prosiguió Steen-. No Soy yo. ¡De veras! Sé que no soy yo. y admitiré que sólo podía ser un Gran Señor. Pero ¿qué Gran Señor sabía más acerca de esto? ¿Qué Gran Señor había tratado de utilizar la historia del analista del espacio para inducirnos a lo que él llama «acción común» y yo1 amo sumisión a la dictadura de Fife?

» Yo os diré quién es X. -Steen se levantó rozando con la parte alta de su cabeza el borde del cubo-receptor. Levantó un dedo tembloroso señalando a Fife-. ¡Él es X! ¡El señor de Fife! Él encontró al analista del espacio. Él lo apartó de su Camino cuando vio que el resto de nosotros no nos dejábamos impresionar por sus estúpidas observaciones durante la primera conferencia, y después lo volvió a hacer aparecer una vez hubo preparado un golpe de mano militar.

Fife se volvió cansado hacia Abel.

-¿Ha terminado? Si es así, échelo de aquí. Su presencia es una ofensa intolerable para todo hombre decente.

-¿Tiene usted algún comentario que hacer a lo que dice? -preguntó Abel.

-No, desde luego. No merece ningún comentario. Este hombre está desesperado. Sería capaz de decir cualquier cosa.

-No puede limitarse a despreciarlo, Fife -dijo Steen, mirando a los demás. Sus ojos se achicaron y la piel de la nariz se puso blanca por la tirantez. Seguía de pie-. ¡Escuche! Dijo que sus investigadores encontraron las fichas en el dispensario de un médico. Dijo que el doctor murió de accidente después de haber diagnosticado que el

analista del espacio había sido víctima de la psicoprueba. Dijo que el doctor fue asesinado por X para conservar secreta la identidad del analista del espacio. Esto es lo que dijo. Pregúntaselo. Pregúntenle si no es lo que dijo.

-Y si lo dije, ¿qué? -preguntó Fife.

-Entonces pregúntenle cómo podía tener el fichero de un médico que llevaba varios meses muerto y enterrado a menos que lo hubiese tenido desde el principio. ¡De veras!

-Todo esto es una locura -dijo Fife-. No podemos perder el tiempo indefinidamente de esta manera. Otro médico se hizo cargo de la clientela y del fichero del difunto. ¿Hay aquí alguien que crea que los ficheros médicos se destruyen con la muerte de un médico?

-No, desde luego que no -dijo Abel.

Steen se tambaleó ligeramente y se sentó.

-¿Qué más? -dijo Fife-. ¿Tiene usted algo más que decir? ¿Más acusaciones? ¿Más de algo? -Bajaba la voz. La amargura aparecía en su tono.

Abelle contestó:

-Bien, todo esto son cosas que dice Steen y se las hemos dejado decir. Ahora bien, Junz y yo estamos aquí para un asunto diferente. Quisiéramos ver al analista del espacio Fife había tenido en todo momento las manos apoyadas sobre su mesa. Ahora las levantó y se agarró con fuerza a su borde. Sus negras cejas se juntaron.

-Tenemos bajo nuestra protección un hombre de mentalidad subnormal que pretende ser un analista del espacio -dijo-. Lo mandaré traer aquí.

Jamás Valona March había soñado ni remotamente en su vida que tales imposibilidades pudiesen ocurrir. Desde hacía más de un día ya, constantemente desde que aterrizó en el planeta Sark, había notado un toque de maravilla en cuanto veía. Incluso en las celdas de la cárcel donde a Rik ya ella les habían separadamente encerrado tenían una especie de calidad irreal y magnífica, El agua corriente brotaba de una tubería cuando se apretaba un botón. De la pared brotaba calor, pese a que el aire exterior era más frío de lo que jamás ella imaginó posible. y todos los que hablaban con ella llevaban ropas magníficas.

La llevaron a habitaciones en las cuales había una serie de cosas que no había visto nunca. Aquella era más grande que las demás, pero estaba casi desnuda. Había más gente en ella, además. Detrás de una mesa había un hombre de aspecto severo, y otro mucho más viejo, arrugado, sentado en una silla, y tres más...

¡Uno de ellos era el Edil!

Valona pegó un salto y se abalanzó hacia él. -¡Edil! ¡Edil!

Pero no estaba allí. Se había levantado haciéndole un gesto con la mano.

-¡Quédate atrás, Valona! ¡Quédate atrás!

Y Valona pasó a través de él. Ella había tendido la mano para cogerle de la manga pero él se apartó. Se lanzó adelante, medio tambaleándose, y pasó a través de él. De momento se quedó sin aliento. El Edil se había vuelto, estaba frente a ella otra vez, pero ahora sólo podía fijar la vista en sus piernas.

Ambos estaban luchando a través del pesado brazo del sillón en que estuvo sentado, podía verlo claramente, con su color y su solidez. Rodeaba sus piernas pero no lo sentía. Avanzó una mano temblorosa y sus dedos se hundieron una pulgada en la tapicería pero no la sentía tampoco. Sus dedos permanecían invisibles.

Tuvo un estremecimiento y cayó, su última sensación fue la de que los brazos del Edil se tendían automáticamente hacia ella y que su cuerpo caía a través de su círculo como si fuesen trozos de aire coloreados de carne.

De nuevo se encontró en su silla. Rik le sostenía una mano e inclinaba su arrugado rostro sobre ella.

-No te asustes -iba diciendo-. No es más que una imagen. Una fotografía, ¿comprendes? .

Valona miró a su alrededor. El Edil estaba sentado allí, pero no la miraba.

-¿No está aquí? -preguntó señalando con un dedo. -Es una personalización tridimensional, Valona -dijo

Rik precipitadamente-. Está en otro sitio, pero podemos verle desde aquí.

Valona movió la cabeza. Si Rik lo decía, era verdad. Pero bajó la vista. No se atrevía a mirar a aquella gente que estaba allí pero no estaba allí.

-¿Conque sabe usted lo que es la personificación tridimensional, muchacho? -le preguntó Abel a Rik.

-Sí, señor .

Había sido un día tremendo para Rik también, pero mientras Valona se encontraba crecientemente aturdida, él encontraba las cosas crecientemente familiares y comprensibles.

-¿Dónde lo ha aprendido?

-No lo sé. Lo sabía ya...antes de que olvidase. Durante el arranque de Valona al encuentro de Edil, Fife se había levantado de su mesa.

-Siento haber tenido que interrumpir esta reunión trayendo una indígena histérica -dijo con acidez-. El llamado analista del espacio requería su presencia.

-Perfectamente -dijo Abel-. Pero observo que su floriniano subnormal está familiarizado con la personificación tridimensional.

-Deben haberle instruido bien, imagino.

-¿Ha sido interrogado desde su llegada a Sark?

-Ciertamente.

-¿Con qué resultado?

-Ninguna novedad.

-¿Cómo se llama? -'-preguntó Abel volviéndose hacia Rik

-Rik es el único nombre que recuerdo dijo éste con calma.

-¿Conoce usted a alguien aquí?

Rik miró un rostro después de otro, sin el menor temor.

-Sólo al Edil ya Lona, desde luego -dijo.

-Esté dijo Abel señalando a Fife es el más grande Señor que jamás ha vivido. Posee el mundo entero. ¿Qué piensa de él?

-.Soy de Tierra -dijo Rik osadamente-. No me posee a mí

Abel se volvió confidencialmente hacia Fife.

-No creo que a Un indígena floriniano adulto pueda inducirse a tal desafío.

-¿Ni aun con una psicoprueba? -respondió Rik con desprecio.

-¿Conoce usted a este caballero? -preguntó Abel dirigiéndose a Rik.

-No, señor.

-'Es el doctor Selim Junz, Es un importante funcionario del Centro Analítico del Espacio Interestelar.

Rik lo miró largo rato intensamente.

-Entonces tiene que haber sido uno de mis jefes. Pero... no le conozco -añadió con desaliento-. O quizá sólo no lo recuerdo.

-No le he visto en mi vida, Abel -dijo Junz moviendo la cabeza tristemente.

-Ahora escuche, Rik -dijo Abel-. Voy a contarle una historia. Quiero que la escuche usted con toda atención y piense. ¡Piense y piense! ¿Me comprende?

Rik asintió;

Abel hablaba lentamente. Su voz fue el único sonido que se oyó en la habitación durante largos minutos. Mientras proseguía, Rik cerraba los párpados con todas sus fuerzas apretándolos. Se mordió los labios, se llevó los puños cerrados al pecho y su cabeza cayó adelante. Tenía el aspecto de un hombre que sufre intensamente. Abel seguía hablando, reconstruyendo uno tras otro todos los acontecimientos tal como los había presentado antes el Señor de Fife. Habló del mensaje original del desastre, de su intercepción, del encuentro entre Rik y X, de la psicoprueba, de cómo habían encontrado a Rik y le habían llevado a Florina, del doctor que le hizo el diagnóstico y murió inmediatamente después, de la memoria que iba recobrando.

-Ésta es toda la historia, Rik -dijo-. Se la he contado toda. ¿Hay algo que le resulte familiar?

Lentamente, dolorosamente, Rik contestó:

-Recuerdo la última parte. Los últimos pocos días, ¿comprende? Recuerdo algo anterior también. Quizá fuese el doctor...cuando empecé a hablar. Pero todo es muy nebuloso...Eso es todo.

-Pero recuerda usted algo anterior... Recuerda el peligro para Florina -dijo Abel.

-¡Sí! ¡Sí! ¡Eso fue lo primero que recordé!

-Entonces, ¿no puede recordar nada después de eso?

-No puedo... No puedo recordar -gimió Rik.

-¡Pruebe! ¡Pruebe!

Rik levantó la vista. Su rostro estaba mojado de sudor.

-Recuerdo un mundo...

-¿Qué mundo, Rik?

-No tiene ningún sentido. -¡Dígalo de todos modos!

-Va unido a una mesa. Hace mucho, mucho tiempo. Muy vago. Yo estaba sentado. Alguien más, quizá, me parece, estaba sentado. y él estaba de pie, mirándome fijamente. y hay una palabra...

-¿Qué palabra? -preguntó Abel pacientemente. -¡Fife!

Todos menos Fife se pusieron de pie.

## 17

### El acusador

Con una energía que hizo cuanto pudo por dominar, Fife dijo:

-Vamos a terminar con esta farsa. Había esperado antes de hablar, con los ojos duros y el rostro sin expresión, hasta que finalmente el resto de los presentes se vio obligado a recuperar sus asientos. Rik había inclinado la cabeza, con los ojos dolorosamente cerrados, tratando de calmar su dolorida mente. Valona le atrajo hacia sí, tratando en vano de apoyarle la cabeza en su hombro, acariciando suavemente sus mejillas.

-¿Por qué dice usted que esto es una farsa? -dijo Abel con voz agitada.

-¿No lo es acaso? -respondió Fife-. Acepté asistir a esta conferencia sólo por una amenaza que dirigieron ustedes contra mí. Incluso en este caso me hubiera negado si hubiese sabido que la conferencia estaba destinada a ser mi proceso, con renegados y asesinos actuando de acusadores y jurado. .

Abel frunció el ceño y su voz adquirió un tono de helado formalismo:

-Esto no es un proceso, señor. El doctor Junz está aquí con el fin de recuperar a un miembro del CAEI, como es su derecho y su deber. y 6 estoy aquí para proteger los intereses de Trantor durante una época de agitación. En mi cerebro no cabe la menor duda de que este hombre, Rik, es el desaparecido analista del espacio. Podemos dar por terminada esta conferencia inmediatamente si están ustedes de acuerdo en entregar este hombre al doctor Junz para ulterior examen, incluyendo la aprobación de las características físicas. Necesitaremos, desde luego, su ulterior ayuda para encontrar al culpable de la psicoprueba y establecer una salvaguardia contra una posible repetición de tales actos contra lo que es, después de todo, una agencia interestelar que se ha mantenido con firmeza al margen de la política regional.

-¡Vaya discurso! -dijo Fife-. Pero lo obvio sigue siendo obvio y sus planes siguen siendo transparentes. ¿Qué ocurrirá si entrego este hombre? Estoy convencido de que el CAEI se las arreglará para descubrir lo que quiere descubrir. Pretende ser una agencia interestelar sin ligámenes regionales. Pero es un hecho, ¿no es verdad? , que Trantor contribuye con dos terceras partes a su presupuesto anual. Dudo que ningún observador razonable admita hoy considerarlo neutral en la Galaxia. Sus descubrimientos referentes a este hombre convendrán con toda seguridad a los intereses imperiales de Trantor.

»¿Y cuáles serán estos descubrimientos? Es obvio .también. La memoria de este hombre volverá lentamente. El CAEI publicará boletines cotidianos. Poco a poco irá recordando más y más detalles necesarios. Primero mi nombre. Después mi aspecto. Después mis palabras exactas. Seré solemnemente declarado culpable. Se exigirán reparaciones y Trantor se verá obligado a ocupar Sark temporalmente, ocupación que en cierto modo se convertirá en permanente.

»Hay límites más allá de los cuales todo chantaje fracasa. El suyo, señor embajador, termina aquí. Si quiere usted a este hombre, diga a Trantor que mande una flota a buscarlo

-No es cuestión de fuerza -dijo Abel- Sin embargo, observo que ha evitado usted, cuidadosamente evitado, negar las derivaciones de las últimas palabras del analista del espacio.

-No hay ninguna derivación que me obligue a dignificarme desmintiéndola. Recuerda a un hombre, o dice que lo recuerda. ¿Qué significa eso?

-¿No significa acaso nada que lo recuerde?

-Nada absolutamente. El nombre de Fife es muy conocido en Sark. Aun admitiendo en principio que el presunto analista del espacio sea sincero, ha tenido durante un año la oportunidad de oírlo pronunciar en Florina. Ha llegado a Sark en una nave que traía a mi hija, una oportunidad todavía mejor de oír pronunciar el nombre de Fife. ¿Qué tiene de particular que ese nombre se haya mezclado a sus nebulosos recuerdos? Desde luego, puede no ser sincero. Los paulatinos recuerdos de este hombre pueden muy bien haber sido ensayados.

A Abel no se le ocurrió nada que decir. Miró a los demás. Junz frunció intensamente el ceño, acariciándose lentamente la barbilla con los dedos de la mano derecha. Steen se agitaba nervioso y murmuraba algo en voz baja. El Edil de Florina contemplaba sus rodillas sin expresión.

Fue Rik quien rompió el silencio, escapando a la presa de Valona y poniéndose en pie.

-Escuchen...-dijo-. Su pálido rostro estaba contorsionado. Sus ojos reflejaban el dolor.

-Otra revelación, supongo...-dijo Fife,

-¡Escuchen! -dijo Rik-. Estábamos sentados a una mesa. El té estaba drogado. Habíamos disputado, no recuerdo por qué, Entonces no pude moverme. Sólo podía permanecer sentado, No podía hablar. No podía pensar..., ¡había sido drogado! Quería gritar, gritar, correr, pero no podía. Entonces llegó el otro, Fife. Me había estado gritando. Pero ahora no gritaba. No tenía necesidad. Dio la vuelta a la mesa. Se detuvo a mi lado, dominándome. Yo no podía decir nada. No podía hacer nada. Sólo podía tratar de volver los ojos hacia él.

Permaneció de pie, en silencio.

-¿Este otro hombre era Fife? -preguntó Selim Junz. -Recuerdo que su nombre era Fife. -Bien. ¿Era este hombre?

Rik no se volvió para mirar .

-No puedo recordar cómo era -dijo.

-¿Está seguro?

-He estado intentándolo...-estalló-. ¡No saben ustedes cuán duro es! ¡Duele! ¡Es como una aguja al rojo blanco! ¡Profundamente! ¡Aquí dentro! -Se llevaba las manos a la cabeza.

-Sé que es duro. Pero debe usted intentarlo -dijo Junz suavemente-. Debe usted seguir intentándolo. i Mire a este hombre! ¡Vuélvase y mírelo!

Se volvió hacia el Señor de Fife. Estuvo contemplándolo fijamente un momento, después apartó la mirada.

-¿Puede recordarlo ahora? -preguntó Junz.

-¡No! ¡No!



-¿Es que su hombre ha olvidado el texto o la historia parecerá más digna de crédito si recuerda mi rostro la próxima vez? -preguntó Fife con sarcasmo.

-No había visto jamás a este hombre ni había hablado nunca con él -dijo Junz con calor-. Jamás hemos conspirado contra usted y estoy cansado de sus acusaciones en este sentido. Sólo estoy buscando la verdad.

-Entonces, ¿Puedo hacerle algunas preguntas?

-Diga.

-Muchas gracias por su amabilidad. Dígame, Rik, o como se llame usted...

Empleaba el tono de un Noble dirigiéndose a un floriniano.

-Recuerda usted a un hombre que se acercó a usted procedente del otro lado de la mesa mientras estaba usted sentado drogado e impotente...

-Sí, señor.

-¿Lo último que recuerda es al hombre mirándole fijamente a usted?

-Sí, señor.

-¿Usted le devolvió la mirada o lo intentó?

-Sí, señor .

-Siéntese.

Rik obedeció.

Durante un momento Fife no hizo nada. Su boca sin labios quizá se apretó un poco más y la sombra negroazulada de sus pómulos se oscureció un poco más por la presión de las mandíbulas. Después se deslizó de su silla.

¡Resbaló hacia abajo! Era como si hubiese caído de delante de su mesa. Pero salió de detrás de ella y se hizo plenamente visible.

Las piernas deformadas de Fife se movían bajo su cuerpo con esfuerzo, haciendo avanzar la informe masa del cuerpo y la cabeza hacia adelante. Su rostro estaba congestionado pero conservaba intacto su aire de arrogancia. Steen se echó a reír estrepitosamente, pero se interrumpió en el acto cuando aquellos ojos se fijaron en él. El resto de los concurrentes permanecían en un silencio fascinado.

Rik, con los ojos muy abiertos, lo vio aproximarse. -¿Fui yo el hombre que se acercó a ti dando la vuelta a la mesa? -le preguntó.

-No puedo recordar su rostro, señor.

-No te pido que recuerdes el rostro. ¿Puedes haber olvidado mi aspecto, mi manera de caminar?

Aquel hombre, tan formidable físicamente sentado, se había convertido en un lamentable pelele.

-Parece que no, señor -dijo Rik penosamente-, pero no lo sé,

-Pero tú estabas sentado, él estaba de pie, y lo mirabas hacia arriba...

-Sí, señor.

-El te miraba hacia abajo, «dominándote», por decirlo así

-Sí, señor.

-¿Recuerdas esto, por lo menos? ¿Estás seguro de ello?

-Sí, señor.

LS dos hombres estaban ahora cara a cara.

-¿Te miré yo desde arriba?

-No; señor -respondió Rik.

-¿Me miras tú desde abajo? -No, señor.

Rik sentado y Fife de pie se miraban frente a frente en el mismo nivel.

-¿Puedo ser yo aquel hombre?

-No, señor.

-¿Estás seguro?

-Sí, señor .

-¿Sigues afirmando que el nombre que recuerdas es Fife?

-Recuerdo ese nombre -insistió Rik obstinadamente.

-Quienquiera que fuese, entonces, ¿usó mi nombre como disfraz?

-Es..., es posible.

Fife dio media vuelta y con lenta dignidad regresó a su presa y se encaramó a su silla.

-Jamás había permitido que nadie lo viese de pie hasta este día -dijo-. ¿Hay algún motivo para que esta conferencia continúe?

Abel estaba a la vez embarazado y perplejo. Hasta ahora la conferencia se había desarrollado lamentablemente. Fife había conseguido quedar bien cada vez y hacer quedar mal a todos los demás. Había conseguido presentarse triunfalmente como un mártir. Se había visto obligado a asistir a aquella conferencia por el chantaje de Trantor y había aniquilado el tema de la falsa acusación en el acto.

Ya se ocuparía él de que el resumen de lo ocurrido en la conferencia se extendiese por la Galaxia y no tendría que apartarse mucho de la verdad para hacer de ello una excelente propaganda antitrantoriana.

Abel hubiera querido limitar sus pérdidas. El analista del espacio psicoprobado no podía ser ya de utilidad alguna para Trantor. Cualquier «recuerdo» que tuviese ya sólo sería de risa, ridículo, por verdadero que fuese. Se consideraría como un instrumento del imperialismo trantoriano, y un instrumento roto, además. Pero vacilaba, y fue Junz quien habló.

-Me parece que hay una razón muy convincente para no dar por terminada todavía la conferencia. No hemos dilucidado todavía quién es el responsable de la psicoprueba. Usted ha acusado al Señor de Steen y Steen le ha acusado a usted. Admitiendo que ambos se hayan equivocado, y por lo tanto ambos sean inocentes, quedó en pie el problema de que uno de los Grandes Señores es culpable. ¿Cuál de ellos, entonces?

-¿Qué importa eso? -preguntó Fife-. En cuanto a usted hace referencia, estoy seguro de que no. Esta cuestión hubiera quedado aclarada ya de no haber sido por la interferencia de Trantor y del CAEI. Eventualmente, encontraré al traidor. Recuerden que el autor de la psicoprueba, quienquiera que sea, tenía la intención original de hacerse con el monopolio del comercio del kyrt, de manera que no es probable que 10 deje escapar. Una vez el autor de la psicoprueba haya sido identificado y nos hayamos entendido con él, este hombre le será devuelto incólume. Ésta es la única oferta que puedo hacer, y me parece muy razonable.

-¿Y qué hará usted con el autor de la psicoprueba?

-Eso es una cuestión puramente interna que no le concierne a usted.

-¡Claro que me concierne! -exclamó Junz con energía. No se trata únicamente del analista del espacio. Hay algo de mayor importancia afectado también, y me sorprende que no se haya mencionado todavía, Rik no fue sometido a 1a psicoprueba únicamente porque fuese un analista del espacio. Abel no estaba muy seguro de cuáles eran las intenciones de Junz, pero puso su peso en la balanza.

-El doctor Junz se refiere, desde luego-dijo-, al mensaje original del peligro del analista del espacio.

-Por lo que sé hasta ahora -dijo Fife encogiéndose de hombros -nadie ha dado importancia alguna a eso, incluyendo al doctor Junz, durante el año transcurrido. Sin embargo, su hombre está aquí, doctor Junz. Pregúntele qué significa todo esto.

-Naturalmente no se acordará -respondió Junz con cólera-. La psicoprueba es sobre todo efectiva sobre las cadenas más intelectuales de razonamiento almacenadas en la mente. El hombre puede no recuperar nunca los aspectos cuantitativos de su trabajo.

-Entonces está listo -dijo Fife-. ¿Qué le vamos a hacer?

-Algo definitivo. Esa es la cuestión. Hay alguien más que sabe y es el psicoprobador. Pudo no ser un analista del espacio también; puede no saber detalles precisos. Sin embargo, con este hombre, cuando tenía la mente intacta, pudo aprender lo suficiente para ponernos sobre la buena pista. Sin haber sabido lo suficiente no se hubiera atrevido a destruir la fuente de sus informaciones. Sin embargo, en cuanto al fichero..., ¿recuerda usted, Rik?

-Sólo que había peligro y que éste afectaba a las corrientes del espacio -murmuró Rik.

-Aunque lo descubriese usted -dijo Fife-, ¿qué obtendría? ¿Hasta dónde son dignas de crédito las abracadabrantes teorías que los exaltados analistas del espacio nos exponen constantemente? Muchos de ellos creen conocer todos los secretos del universo cuando apenas son capaces de leer sus instrumentos.

-Es posible que tenga usted razón. ¿Tiene usted miedo de dejármelo intentar?

-Soy contrario a propalar rumores alarmantes que, verdaderos o falsos, puedan afectar a la industria del kyrt. ¿No está usted de acuerdo conmigo, Abel?

Abel se estremeció interiormente. Fife estaba maniobrando de forma que cualquier irregularidad en las entregas de kyrt resultante de su propia actuación pudiese achacarse a las maniobras de Trantor. Pero Abel era un hábil jugador. Recogió el guante tranquilamente y sin emoción.

-Yo, no -dijo-. Propongo que escuche usted al doctor Junz.

-Gracias -dijo-. Ha dicho usted, señor de Fife, que quienquiera que sea el autor de la psicoprueba, tiene que haber matado al doctor que reconoció a Rik. Esto supone que el autor de la psicoprueba tuvo que mantener una cierta vigilancia sobre Rik mientras estuvo en Florina.

-¿Y bien?

-Tiene que haber rastros de esa vigilancia. ~¿Quiere usted decir que aquellos indígenas tienen que saber quién los estaba vigilando?

-¿Por qué no?

-No es usted sarkita, y por lo tanto se equivoca -dijo Fife-. Le aseguro a usted que los indígenas se mantienen en su lugar. No se acercan jamás a los Nobles, y si algún Noble se acerca a ellos saben que su obligación es fijar la vista a sus pies. No sabrían una palabra de que fuesen vigilados.

Junz se estremecía con visible indignación. Los Nobles tenían su despotismo tan arraigado que no veían nada malo ni vergonzoso en hablar abiertamente de ello.

-Los indígenas ordinarios, quizá -dijo-. Pero aquí tenemos a un hombre que no es un indígena ordinario. Creo que nos ha demostrado con suficiente claridad que no es siquiera un floriniano debidamente respetable. Hasta ahora no ha aportado nada a la discusión y creo que sería hora de que le hiciésemos algunas preguntas.

-¡Las declaraciones de los indígenas no tienen valor! -dijo Fife-. y aprovecho una vez más la oportunidad para pedir que Trantor lo entregue para que se lo juzguen debidamente los Tribunales competentes de Sark.

-Déjeme hablar con él primero.

-Yo creo que no haría ningún daño hacerle algunas preguntas, Fife -intervino Abel suavemente-. Si se muestra reacio a la cooperación o indigno de confianza, podemos tener en cuenta su demanda de extradición.

Terens, que hasta entonces había permanecido concentrado en el estudio de sus 'dedos entrelazados, levantó la vista. Junz se volvió hacia él y le dijo:

-Rik estuvo en su ciudad desde que lo encontraron, ¿verdad?

-Sí.

-¿Y estuvo usted todo el tiempo en la ciudad? Es decir . ¿no salió con alguna misión durante algún tiempo?

-Los ediles no cumplen misiones en el campo. Su trabajo radica en la ciudad.

-Perfectamente. Ahora tranquilícese, y no se ofenda. Imagino que debe formar parte de su trabajo estar al corriente de cualquier Noble que fuese de la ciudad¿ ¿no es eso?

-Seguro. Cuando vienen.

-¿Y vienen?

-Una o dos veces -dijo Terens-. Pura rutina, se lo aseguro. Los Nobles no se ensucian las manos con el kyrtr. El kyrtr sin elaborar, quiero decir .

-¡Sea respetuoso! -bramó Fife.

Terens le dirigió una larga mirada y le dijo:

-¿Puede usted conseguirlo?

-Dejemos esto entre este hombre y el doctor Junz, Fife -intervino Abel conciliador-. Usted y yo somos espectadores.

Junz sentía un destello de placer por la insolencia de Terens, pero dijo:

-Conteste mis preguntas sin comentarios superfluos, por favor. Ahora bien, ¿quiénes fueron exactamente los Nobles que visitaron su ciudad durante el pasado año?

-¿Cómo quiere que lo sepa? -respondió Terens con altivez-. No puedo contestar a esa pregunta. Los Nobles son Nobles y los indígenas son indígenas. Yo puedo ser un Edil, pero sigo siendo un indígena para ellos. No los recibo en las puertas de la ciudad y les pregunto sus nombres. Recibo un mensaje, eso es todo; Viene dirigido al «Edil». Dice que habrá una inspección' de los Nobles talo cual día y que tengo que tomar las disposiciones pertinentes. Entonces tengo que ocuparme de que los obreros lleven sus mejores ropas, que el molino esté limpio y en buen funcionamiento, que el suministro de kyrtr sea vasto, que todo el mundo parezca contento y satisfecho, que las casas estén limpias y las calles en orden, que haya algunos bailarines a mano por si se da el caso de que los Nobles quieran disfrutar de algún baile indígena, que quizás alguna linda mucho.

-Eso no interesa ahora, Edil -dijo Junz.

-A usted no le ha interesado nunca eso. A mí sí. Después de su experiencia con los florinianos del Servicio Civil, Junz encontraba al Edil refrescante como un vaso de agua fresca. Tomó la decisión de que cualquier influencia que el CAEI pudiese aportar tenía que emplearse para impedir la entrega del Edil a los Nobles.

En un tono más pausado, Terens siguió su relato:

-De todos modos, ése es mi papel. Cuando vienen, lo arreglo todo con los demás. No sé quiénes son ni hablo con ellos.

-¿Hubo alguna de esas inspecciones la semana antes de que el doctor de la Ciudad Alta encontrase la muerte? Supongo que sabe usted qué semana ocurrió...

-Me parece que oí algo de eso en el noticiario de la radio. No creo que hubiese ninguna inspección por aquel tiempo. No podría jurarlo.

-¿A quién pertenece su tierra? Terens hizo un gesto de desprecio con los labios.

-Al señor de Fife.

Steen intervino: rompiendo el diálogo con sorprendente rapidez.

-¡Oh, oiga, de veras! ¡Con este interrogatorio está usted siendo un juguete en manos de Fife, doctor Junz! ¿No ve usted que no llegará a ninguna parte? ¿Imagina usted que si Fife quisiese montar una guardia alrededor de ese hombre se tomaría la molestia de hacer viajes a Florina para vigilarlo? ¿Para qué están los patrulleros? ¡De veras!

-En un caso como éste -dijo Junz, al parecer perplejo-, con toda la economía mundial y acaso su propia seguridad física residiendo en el contenido del cerebro de un hombre, es natural que el autor de la psicoprueba no quisiese dejar su custodia a los patrulleros.

-¿Incluso después de haber borrado todos los recuerdos de esa mente, por si acaso? -intervino Fife.

Abel avanzó su labio inferior y frunció el ceño. Veía su última jugada caer en manos de Fife como todas las demás.

-¿Había algún patrullero o grupo de patrulleros que estuviese ya en pie? -intentó nuevamente Junz, vacilando.

-No lo sé. Para mí no son más que uniformes.

Junz se volvió hacia Valona, produciendo el efecto de un súbito empujón. Un momento antes se había puesto de una palidez mortal y sus ojos se abrieron sin ver. A Junz no se le había escapado.

-¿Y qué hay de ti, muchacha? -le preguntó.

Pero ella se limitó a mover la cabeza, sin decir una palabra.

Abel estaba pensando: «No hay nada más que hacer. Todo ha terminado». Pero Valona se había puesto de pie, temblando. Con un ronco susurro, dijo:

-Quiero decir algo.

-Adelante, muchacha -dijo Junz-. ¿Qué es?

Jadeante, con el terror pintado en cada línea de sus facciones y retorciéndose los dedos nerviosamente, Valona tomó la palabra. -No soy más que una muchacha campesina. Por favor, no se enfaden conmigo. Es sólo porque me parece que las cosas sólo pueden ser de una manera. ¿Tan importante era mi Rik? ¿En la forma como han dicho ustedes, quiero decir...?

-Creo que era muy, muy importante. Creo que todavía lo es -dijo Junz amablemente.

-Entonces debió ser como usted ha dicho. Cualquiera que lo llevase a Florina no debía atreverse a apartar los ojos de él ni un minuto. ¿No cree? Quiero decir..., supongamos que el superintendente del molino le pega una paliza a Rik o los chicos le apedrean o se pone enfermo y muere...¿No irían a dejarlo abandonado en los campos, donde podía morir antes de que nadie le recogiese, no? No supondrían que sólo la suerte podría conservar la vida.

Hablaba ya con una extremada vehemencia.

-Sigue -dijo Junz, observándola.

-Porque había una persona que vigilaba a Rik desde el principio. Lo encontró en los campos, se arregló de forma que pudo hacerse cargo de él, lo salvó de todas las dificultades y tenía noticias suyas todos los días. Sabía incluso todo lo del doctor, porque yo se lo dije. ¡Era él! ¡Era él!

A voz en grito, con intensidad, su dedo señalaba rígido a Myrlyn Terens, el Edil.

En aquel momento incluso la sobrehumana calma de Fife sucumbió, sus brazos se pusieron rígidos sobre su mesa, levantando su monstruoso cuerpo una pulgada de su asiento, y volvió rápidamente la cabeza hacia el Edil.

## 18

### Los vencedores

Fue como si una parálisis vocal se hubiese apoderado de todos ellos. Incluso Rik, con la incredulidad en los ojos, se limitaba a mirar sin expresión, primero a Valona, después a Terens.

Y de repente el silencio quedó roto por la estentórea risa de Steen.

-¡Lo creo! ¡De veras! -exclamó-. Lo he dicho siempre, Dije que el indígena estaba a sueldo de Fife. Eso demuestra la clase de hombre que es Fife. ¡Le paga a un indígena para...!

-¡Eso es una mentira infernal!

No era Fife quien había hablado, sino el Edil. Estaba de pie, sus ojos brillaban con intenso fuego.

Abel, que de todos ellos parecía el menos agitado, preguntó:

-¿Qué es eso?

Terens se quedó mirándole un momento, sin comprender después dijo, riendo:

-Lo que ha dicho el señor, No estoy a sueldo de ningún sarkita.

-¿Y lo que ha dicho la muchacha? ¿Es mentira también?

-No -dijo Terens, después de haber mojado sus secos

labios con la punta de la lengua-. Esto es verdad. Yo soy el autor de la psicoprueba. No me mires así, Lona...- añadió apresuradamente-. No quería hacerle daño. No quería nada de todo lo que ha ocurrido.

Y volvió a sentarse.

-Todo esto parece una estratagema -dijo Fife-. No sé qué están ustedes planeando exactamente, Abel, pero, ante todo lo que ocurre, ~ parece imposible que este criminal pueda haber incluido este crimen en su repertorio. Es definitivo que sólo un Gran Señor puede haber tenido los conocimientos y facilidades necesarias. ¿O es que quieren sacar a este Steen del gancho preparando una falsa confesión?

Terens, con las manos juntas y apretadas, se inclinó hacia delante.

-No recibo dinero de Trantor tampoco -dijo. Fife no le hizo caso. Junz fue el último en volver en sí. Durante algunos minutos le fue imposible admitir el hecho de que el Edil no estaba en realidad en la misma habitación que él, que estaba en algún otro lugar de la embajada de Trantor, que sólo podía verlo en imagen y forma, no más que Fife, que estaba a veinte millas de allí. Quería acercarse al Edil, agarrarle por el hombro, hablarle a solas, pero no podía.

-Me parece inútil discutir antes de oír lo que dice -dijo-. Vamos a ver los detalles. Si es realmente el psicoprobador, necesitamos detalles. Si no lo es, los detalles que tratará de darnos lo demostrarán.

-Si quieren saber lo ocurrido -dijo Terens-, se lo diré. Callarlo por más tiempo no puede serme ya de ninguna utilidad. Se trata de Sark y Trantor, al fin y al cabo, y del Espacio con ellos. Esto me dará por lo menos la oportunidad de exponer algunas cosas a la luz.

Señaló a Fife con profundo desprecio.

-Aquí tienen al Gran Señor. Sólo un Gran Señor, dice este Gran Señor, puede tener los conocimientos y facilidades necesarios para efectuar una psicoprueba como ésta. y lo cree, además. Pero ¿qué sabe? ¿Qué sabe ninguno de los sarkitas?

» ¡No son dueños del gobierno! ¡Son los florinianos! ¡El Servicio Civil floriniano! Tienen los papeles, archivan los papeles. y son los papeles los que gobiernan Sark. Desde luego, la mayoría de nosotros estamos demasiado maltratados para rebelarnos, pero ¿saben ustedes lo que somos capaces de hacer si queremos, incluso ante las narices de esos malditos Señores? Bien, pues verán lo que he hecho yo.

» Hace un año era director de tránsito en el espacio-puerto. Formaba parte de mi instrucción. Figura en los registros. Tendrán ustedes que profundizar un poco para encontrarlo porque el director titular de tránsito es un sarkita. Él tiene el título pero yo hacía el trabajo. Mi nombre pueden encontrarlo en la sección especial titulada Personal Indígena. Ningún sarkita hubiera querido ensuciarse los ojos leyéndola.

» Cuando el CAEI mandó el mensaje del analista del espacio al puerto con la indicación de que fuese a recibir la nave con una ambulancia, yo lo recibí. Transmití lo que era seguro. Lo de la destrucción de Florina no lo transmití.

» Me las arreglé para recibir al analista en un pequeño aeropuerto suburbano y pude hacerlo fácilmente. Todos los hilos y resortes que controla Sark pasaban por mis dedos. Yo estaba en el Servicio Civil, recuérdelo. Un Gran Señor que hubiese querido hacer lo que hice yo no hubiera podido, a menos que ordenase a algún floriniano que lo hiciese en su lugar. Yo podía hacerlo sin la ayuda de nadie. Tenía los conocimientos y los resortes.

» Recogí al analista del espacio y lo oculté de Sark y del CAEI. Saqué de él todas las informaciones que pude y me dispuse a utilizarlas en favor de Florina y contra Sark.

-¿Mandó usted aquellas primeras cartas? -salió como a la fuerza de los labios de Fife.

-Mandé aquellas primeras cartas, Gran Señor -dijo Terens con calma-. Creí poder obtener el control de una cantidad suficiente de kyrt y tierras de cultivo para poder tratar con Trantor en mis condiciones y echarles a ustedes del planeta.

-Estaba usted loco.

-Quizá. En todo caso, no salió bien. Yo le había dicho al analista del espacio que era el Señor de Fife. Tenía que hacerlo, porque sabía que Fife era el hombre más importante del planeta y mientras creyese que yo era Fife estaba dispuesto a hablar claramente. Me reía pensando que imaginaba; que Fife estaba deseoso de hacer cuanto fuese conveniente para Florina.

» Desgraciadamente, era más impaciente que yo. Insistía en que cada día que pasaba era una calamidad, mientras yo sabía que mis proyectos acerca de Sark necesitaban tiempo por encima de todo. Llegó un momento en que me fue imposible detenerlo por más tiempo y tuve que acudir a la prueba psíquica. Podía procurarme el instrumento. La había visto practicar en los hospitales. Sabía algo acerca de ello. Desgraciadamente, no lo bastante.

» Dispuse la prueba para borrar la ansiedad de las capas superficiales de su cerebro. Es una operación sencilla. Sigo ignorando qué ocurrió. Creo que la angustiase profundizaba más y más, y la prueba automáticamente la siguió, penetrando en lo más consciente de su cerebro con ella. Me encontré con un ser desprovisto totalmente de cerebro en mis manos... Lo siento, Rik.

Rik había estado escuchando intensamente, y con voz triste dijo:

-No hubiera usted debido interferir en mí, Edil, pero comprendo cuáles debieron ser sus sentimientos...

-Sí -dijo Terens-; ha vivido usted en el planeta. Conoce a los patrulleros ya los Nobles, y sabe la diferencia que hay entre Ciudad Alta y Ciudad Baja.

De nuevo reanudó el relato de lo ocurrido.

-Así, pues, me encontraba con un analista del espacio absolutamente indefenso en mis manos. No podía abandonarlo para que cualquiera lo encontrase y descubriese su identidad. No podía matarle. Estaba seguro de que su memoria volvería y yo necesitaba su ayuda, sin contar con que matarlo hubiera sido traicionar la buena voluntad de Trantor y del CAEI, que eventualmente podía serme necesaria. Además, en aquellos tiempos era incapaz de matar.

» Me las arreglé para hacerme nombrar Edil en Florina y me llevé al analista del espacio con papeles falsos. Hice que lo encontrasen y busqué a Valona para que se hiciera cargo de él. Posteriormente, ya no hubo más peligro que aquella vez por el médico. Entonces, tenía que entrar en las centrales de energía de Ciudad Alta, lo cual no era imposible. Los ingenieros eran sarkitas, pero los mecánicos eran florinianos. En Sark había aprendido lo suficiente sobre mecánica para saber disminuir la intensidad de la energía. Necesité tres días para encontrar el tiempo necesario. Después de eso, podía matar con facilidad. Jamás supe, no obstante, que el doctor conservaba un duplicado de sus ficheros en sus dos dispensarios. Ojalá lo hubiese sabido.

Desde donde estaba sentado, Terens podía ver el cronometro de Fife.

-Entonces, hace cien horas..., me parece que hace cien años... -Rik empezó a recordar de nuevo- y ya saben ustedes toda la historia.

-No -dijo Junz-, no la sabemos. ¿Cuáles son los detalles de la historia del analista del espacio sobre la destrucción planetaria?

-¿Cree usted que entendí los detalles de lo que tenía que decir? Era una especie de..., perdóneme, locura de Rik.

-¡No lo era! -saltó Rik-. ¡No podía serlo!

-El analista del espacio tenía una nave... ¿Dónde está? -En los depósitos de desguace desde hace tiempo -dijo Terens-. Se dictó una disposición para desmontarla. Mi superior la firmó. Un sarkita no lee nunca lo que firma, desde luego. Fue desguazada sin discusión.

-¿Y los papeles de Rik? Ha dicho antes que le enseñó sus papeles.

-Entréguenos a este hombre -dijo Fife súbitamente y averiguaremos lo que sabe.

-No -dijo Junz-. Su primer crimen fue contra el CAEI. Raptó y enajenó la mente de un analista del espacio. Nos pertenece.

-Junz tiene razón -dijo Abel.

-Ahora, escuchen -dijo Terens-. No diré una palabra sin garantías. Sé dónde están los papeles de Rik. Están donde ni un sarkita ni un trantoriano podrán encontrarlos jamás, Si los quieren ustedes, tendrán que reconocerme como refugiado político. Todo lo que he hecho ha sido por mero patriotismo, por servir las necesidades de mi planeta. Un sarkita o un trantoriano puede reclamar que se le reconozca su patriotismo, ¿por qué no un floriniano?

-El embajador -dijo Junzha dicho que sería usted entregado al CAEI. Puedo asegurarle que no se le pondrá a disposición de Sark. Será usted procesado por el tratamiento a que sometió al analista, No puedo garantizar el resultado, pero si está usted dispuesto a cooperar ahora con nosotros, eso contará en su favor.

Terens miró interrogativamente a Junz. Después dijo:

-Correré ese riesgo con usted, doctor... Según el analista del espacio, el sol de Florina está en fase prenova,

-¡Cómo! -La exclamación o su equivalente salió de todos los labios menos de los de Valona.

-Está a punto de estallar y hacer «bum» -añadió Terens sarcásticamente- y el día que esto ocurra todo Florina hará «bum» también y se disolverá como una bocanada de humo.

-No soy analista del espacio -dijo Abel-, pero he oído' decir que no hay manera de predecir cuándo una estrella hará explosión,

-Es verdad. Sólo hasta ahora, sin embargo. ¿Le ha explicado Rik qué le hace pensarlo? -preguntó Junz,

-Supongo que sus papeles lo demostrarán, Lo único que puedo recordar es algo acerca de una corriente de carbono.

-¿Cómo?

-Iba diciendo: «La corriente de carbono del espacio. La corriente de carbono del espacio...» Esto y las palabras «(efecto catalítico)».

Steen se echó a reír. Fife frunció el ceño. Junz miraba finalmente. .

-Perdonen -dijo este último-. Vuelvo en seguida.

Salió de los límites del tubo receptor y se desvaneció. A los quince minutos estaba de vuelta y dirigió una mirada circular de estupefacción. Sólo Abel y Fife estaban presentes.

-¿Dónde...? -pregunto.

-Le hemos estado esperando, doctor Junz -dijo Abel al instante-. El analista del espacio y la muchacha están camino de la Embajada. La conferencia ha terminado.

-¡Terminado! ¡Por la Gran Galaxia, si no ha hecho más que empezar! Tengo que explicarles las posibilidades de novaformación. -No es necesario, doctor -dijo Abel agitándose nervioso en su silla.

-Es muy necesario. Es esencial. Deme cinco minutos.

-Déjenme hablar -dijo Abel sonriendo.

-Tomémoslo desde el principio -dijo Junz-. Según los más primitivos anales científicos de la civilización galáctica, ya se sabía que las estrellas recogen su energía de las transformaciones nucleares de su interior. Era también sabido que, dado lo que sabemos de las condiciones del interior de las estrellas, dos tipos, y sólo dos tipos de transformaciones nucleares pueden suministrar la energía necesaria. Ambas comportan la conversión de hidrógeno en helio. La primera -transformación es directa; dos átomos de hidrógeno y dos neutrones se combinan para formar un núcleo de helio. La segunda es indirecta, con distintas fases. Termina con el hidrógeno convirtiéndose en helio, pero en las fases intermedias intervienen los núcleos de carbono. Estos núcleos de carbono no se consumen, se forman de nuevo a medida que se producen las transformaciones, de manera que una cantidad insignificante de carbono puede utilizarse una y otra vez, sirviendo para convertir una gran cantidad de hidrógeno en helio, En otras palabras, el carbono actúa como catalizador. Todo eso se sabía desde los tiempos de la prehistoria, desde los tiempos en que la raza humana estaba limitada a un solo planeta..., si es que ese tiempo ha existido jamás.

-Sí, todos lo sabemos -dijo Fife-. Me parece que lo que hace usted únicamente es hacernos perder el tiempo.

-Pero eso es la único que sabemos. Utilicen las estrellas una u otra de las transformaciones, o ambas, los procesos

nucleares no han quedado determinados nunca. Siempre han existido escuelas de pensamiento mantenedoras de una de las dos alternativas. Generalmente la opinión se ha inclinado por la conversión directa del hidrógeno en helio, por ser la más sencilla de las dos.

»Ahora bien, la teoría de Rik puede ser ésta. La conversión directa hidrógeno-helio es la fuente normal de la energía estelar, pero en determinadas condiciones se añade la catálisis del carbono, acelerando el proceso, dándole velocidad, calentando la estrella.

»Hay corrientes en el espacio. Esto lo saben ustedes muy bien. Algunas de ellas son corrientes de carbono. Las estrellas que atraviesan estas corrientes absorben un sinnúmero de átomos. La masa total de átomos absorbidos es sin embargo increíblemente microscópica comparada con el peso de la estrella y no la afecta en modo alguno. ¡A excepción del carbono! Una estrella que pasa a través de una corriente que contenga una concentración anormal de carbono se vuelve inestable. No sé cuántos años o centenares, o millares de años se necesitan para que los átomos del carbono se difundan en el interior de la estrella, pero probablemente se necesita mucho tiempo. Esto quiere decir que la corriente de carbono tiene que ser ancha y una estrella tiene que cortarla en un ángulo muy pequeño. En todo caso, una vez la cantidad de carbono filtrada en el interior de la estrella sobrepasa una determinada magnitud crítica, la radiación de la estrella queda tremendamente afectada. Las capas externas ceden ante una inimaginable presión y se produce una "nova". ¿Comprenden?

Junz esperó.

-¿Ha explicado usted todo esto en dos minutos como resultado de alguna vaga frase que el Edil recordaba por habérsela oído decir al analista del espacio hace un año? -preguntó Fife.

-Sí. No hay nada sorprendente en ello. El análisis del espacio da claramente esta teoría. Si Rik no hubiese venido a comunicárnosla, en breve hubiera venido alguien más. En realidad, se han expuesto ya teorías similares otras veces, pero nunca se consideraron serias. Se expusieron antes de que la técnica del análisis del espacio se hubiese desarrollado y nadie era capaz de explicar la súbita adquisición de un exceso de carbono por la estrella en cuestión.

»Pero ahora sabemos que existen corrientes de carbono, Podemos seguir sus recorridos, descubrir qué estrellas han efectuado una intersección en estos recorridos durante los diez mil últimos años, confrontar todo esto con nuestros archivos de formaciones de "nova" y variaciones de radiación. Esto es lo que Rik debe haber hecho. Éstos debieron ser los cálculos y observaciones que trató de mostrar al Edil. Pero todo esto es ajeno a la cuestión esencial.

»Lo que hay que disponer desde este momento es la inmediata evacuación de Florina.

-Ya sabía yo que acabaríamos en esto -dijo Fife. -Lo siento, Junz -dijo Abel-, pero eso es totalmente imposible.

-¿Por qué es imposible?

-¿Cuándo tiene que estallar el sol de Florina?

-No lo sé. A juzgar por la ansiedad demostrada por Rik hace un año, diría que tenemos muy poco tiempo.

-Pero ¿no puede usted adelantar una fecha?

-Desde luego que no,

-¿Cuándo cree usted poder avanzarla?

-Es imposible decirlo. Aunque dispusiese de los cálculos de Rik, sería necesario comprobarlo todo de nuevo.

-¿Podría usted garantizar que la teoría del analista del espacio resultaría exacta?

-Personalmente, estoy convencido de ello -dijo Junz frunciendo el ceño-, pero no hay ningún científico que pueda garantizar una teoría por adelantado,

-Entonces, ¿resulta que quiere evacuar Florina por una simple especulación? .

-Creo que el riesgo de ver toda la población de un planeta aniquilada no es de los que se pueden correr .

-Si Florina fuese un planeta ordinario, estaría de acuerdo con usted. Pero Florina contiene todo el suministro de kyrt de la Galaxia. Es imposible hacerlo,

-¿Es éste el acuerdo a que llegó usted con Fife mientras estuve ausente? -dijo Junz con cólera.

-Déjeme que se lo explique, doctor Junz -intervino Fife-. El gobierno de Sark no consentirá nunca evacuar Florina aunque el CAE! proclame tener pruebas de esa teoría «nova» suya. Trantor no puede obligarnos, porque así como la Galaxia puede apoyar una guerra contra Sark con el propósito de mantener el comercio de kyrt, jamás la apoyará con el propósito de acabar con él.

-Exacto -dijo Abel-. Temo que ni nuestro mismo pueblo nos apoyaría en una guerra de esta especie.

Junz sentía que la repulsión iba creciendo en él. ¡Un planeta lleno de hombres no significaba nada ante los dictados de una necesidad económica!

-Escúchenme -dijo-. Aquí no se trata de un planeta, sino de toda la Galaxia. Cada año se originan veinte «novas» en el seno de la Galaxia. Además, unas dos mil estrellas entre los cien billones de la Galaxia cambian sus características de radiación lo suficiente para hacer inhabitables todos los planetas de su sistema. Los seres humanos ocupan un millón de sistemas estelares de la Galaxia. Esto quiere decir que, por término medio, cada cincuenta años alguno de los planetas habitados de la Galaxia aumenta de temperatura hasta el punto en que la

vida se hace imposible en él. Estos casos son sólo datos históricos. Cada cinco mil años, un planeta habitado tiene un cincuenta por ciento de probabilidades de convertirse en gas por una «nova».

»Si Trantor no hace nada por Florina, si permite que se evapore con todos sus habitantes, servirá de aviso a toda la Galaxia de que cuando les llegue su turno no pueden esperar ayuda, si esta ayuda se cruza en el camino de la conveniencia económica de algunos hombres poderosos; ¿Quiere usted correr este riesgo, Abel?

»Por otra parte, ayude a Florina y habrá demostrado que Trantor antepone su responsabilidad ante el pueblo de la Galaxia al mantenimiento de unos meros derechos de propiedad. Trantor ganará con ello una buena voluntad que no conseguirá nunca por la fuerza.

Abel bajó la cabeza. Después la movió desalentado.

-No, Junz. Lo que dice usted me afecta, pero no es práctico. No puedo contar con emociones para contrarrestar el efecto político de toda tentativa de acabar con el comercio de kyrt. Sólo la idea de que pudiese ser verdad haría demasiado daño.

-Pero..., ¿Y si es verdad?

-Tenemos que partir de la suposición de que no lo es. Supongo que cuando se ha ausentado usted unos minutos ha sido para ponerse en contacto con el CAEI.

-Sí.

-No importa. Espero que Trantor tenga suficiente influencia para poner fin a sus investigaciones.

-Me parece que no. No a estas investigaciones. Señores, pronto tendremos el secreto del kyrt barato. Dentro de un año no habrá monopolio del kyrt, se produzca o no una «nova»,

-¿Qué quiere usted decir?

-La conferencia alcanza ahora su punto esencial, Fife. De todos los planetas habitados, sólo Florina produce kyrt. Sus semillas producen celulosa ordinaria en los demás. Florina es probablemente el único planeta habitado, por una simple cuestión de azar, que es corrientemente prenova y ha sido probablemente prenova desde que por primera vez entró en una corriente de carbono, quizá hace miles de años, si el ángulo de intersección era pequeño. Parece probable, por lo tanto, que el kyrt y la fase prenova vayan juntos.

-Absurdo... -dijo Fife

-¿Sí? Debe haber alguna razón pata que el kyrt sea kyrt en Florina y vulgar algodón en los demás planetas. Los científicos han intentado por todos los medios producir kyrt artificialmente, pero lo han intentado a ciegas y por eso han fracasado siempre. Ahora sabrán que se debe a factores relacionados con un sistema estelar prenova.

-Han intentado duplicar la calidad de radiación en el sol de Fife -dijo éste con desprecio.

-Con arcos de luz apropiados, sí, pero duplicaron sólo el espectro visible y ultravioleta. ¿Qué hay de la radiación .infrarroja y más allá? ¿y de los campos magnéticos? ¿Y de la emisión de electrones? ¿Y de los efectos de los rayos cósmicos? No soy un físico bioquímico, de manera que puede haber factores de los que yo no sé nada. Pero los físicos bioquímicos lo tendrán en cuenta ahora; todos los de la Galaxia. Dentro de un año se habrá encontrado la solución.

»La economía se ha puesto ahora del lado de la humanidad" La Galaxia necesita kyrt barato, y si lo consigue, y sé supone que lo encontrará en breve, querrán evacuar Florina, no sólo por humanidad, sino también por el deseo de que las cosas se vuelvan finalmente contra los devoradores de kyrt, los sarkitas.

-«Bluff» -gruñó Fife.

-¿Lo cree usted así, Abel? -preguntó Junz-. Si ayuda a loS Nobles, se considerará a Trantor no como salvador del comercio del kyrt, sino del monopolio del kyrt. ¿Quiere usted correr ese riesgo?

-¿Puede Trantor correr el de una guerra? -preguntó

-¿Una guerra? ¡Absurdo! Dentro de un año sus posesiones no tendrán valor alguno, con «nova» o sin ella. ¡Venda! Venda todo Florina. Trantor puede pagarlo.

-¿Comprar un planeta? -preguntó Abel con desmayo. -¿Por qué no? Trantor tiene fondos suficientes y el beneficio en buena voluntad del pueblo de todo el universo se lo recompensará mil veces. Si decirles que está usted salvando centenares de millones de vidas no es bastante, dígales que les dar kyrt más barato. Esto surtirá efecto.

-Lo pensaré -dijo Abel, mirando a Fife, que cerraba los ojos.

-Lo pensaré -dijo también éste, después de una pausa. Junz se echó a reír con una risa estridente.

-No lo piense demasiado tiempo. La historia del kyrt no tardará en conocerse. Nada puede detenerlo. Después, ni ustedes ni yo tendremos libertad de acción. Pueden ustedes hacer ahora mejor negocio.

El Edil parecía extenuado. -¿Es realmente verdad? -iba repitiendo-. ¿Realmente verdad? ¿Se acabará Florina?

-Es verdad -dijo Junz.

Terens abrió los brazos y volvió a dejarlos caer a los lados.

-Si quiere los documentos que obtuvo de Rik, están archivados entre estadísticas vitales en mi casa. Se remontan a más de cien años atrás. Nadie irá a buscarlos allí.



-Mire -dijo Junz-, estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo con el CAEI. Necesitamos a un hombre en Florina, alguien que conozca al pueblo de Florina, que pueda decirnos cómo explicarles las cosas, cómo organizar mejor la evacuación, cómo alcanzar los planetas más aptos para su refugio. ¿Quiere ayudarnos? -¿Y quedarme tranquilo de esa manera, quiere decir? ¿Escapar del asunto del asesinato? ¿Por qué no? - súbitamente aparecieron lágrimas en los ojos de Terens-. Pero salgo perdiendo, de todos modos. No tengo mundo, no tengo hogar. Todos perdemos. Los Florinianos pierden su mundo, los sarkitas pierden su riqueza, los trantorianos su posibilidad de poseer aquella riqueza. No hay ganancias en ninguna parte. -Por lo menos -dijo Junz con suavidad dése cuenta de que en la nueva Galaxia, una Galaxia libre de la amenaza de la inestabilidad estelar, una Galaxia con el kyrt accesible para todos, una Galaxia en la cual la unificación política será mucho más estrecha, habrá ganancias al fin y al cabo. Los pueblos de la Galaxia; éstos serán los que ganen.

## Epílogo

### Un año después

-¡Rik! ¡Rik! -Selim Junz corría a través del espaciopuerto con las manos tendidas hacia la nave-. ¡Y Lona! Jamás les hubiera reconocido. ¿Cómo están? ¿Cómo están?  
-Tan bien como es de desear. Nuestra carta llegó a sus manos; por lo que veo -dijo Rik.  
-Desde luego. Dígame, ¿qué piensa de todo esto?  
Andaban juntos, en dirección a la oficina de Junz.  
-Esta mañana hemos visitado nuestra vieja ciudad -dijo Valona tristemente-. Los campos están vacíos... Sus ropas eran ya las de una dama del Imperio en lugar de las de una campesina de Florina,  
-Sí, tiene que ser terrible para una persona que ha vivido allí. Es terrible incluso para mí, pero estaré todo el tiempo posible. Los datos de radiación del sol de Florina son de un interés teórico extraordinario.  
-¡Una evacuación como ésta en menos de un año! Dice mucho en favor de una excelente organización.  
-Hacemos todo lo que podemos, Rik. ¡Oh, me parece que debería llamarle ya por su verdadero nombre...  
-¡No, por favor! Nunca podría acostumbrarme. Soy Rik. Es todavía el único nombre que recuerdo.  
-¿Ha decidido ya si va a volver al análisis del espacio? -preguntó Junz.  
-Lo he decidido -dijo Rik moviendo la cabeza-, pero la decisión es no. Jamás podré recordar lo suficiente. Esta parte se ha borrado para siempre. Pero no me preocupa, sin embargo. Voy a regresar a Tierra... A propósito, espero ver al Edil.  
-No lo creo. Se ha marchado hoy. Me parece que no desea verle. Se siente culpable ante usted. ¿No le guarda usted rencor?  
-No -respondió Rik-. Su intención era buena y ha hecho que mi vida cambiase en otra mejor en ciertos aspectos. En primer lugar, he conocido a Lona -y pasó el brazo alrededor del hombro de la muchacha. Valona le miró y le dirigió una sonrisa.  
-Por otra parte -prosiguió Rik-, me ha curado algo. He descubierto por qué era analista del espacio. Sé por qué casi la tercera parte de los analistas del espacio se reclutan en un solo planeta, Tierra. Todo el que vive en un mundo radiactivo está destinado a vivir en el miedo y la inseguridad. Un paso en falso puede significar la muerte, y la superficie de nuestro planeta es el peor enemigo que tenemos. Esto desarrolla en nosotros una especie de ansiedad, doctor Junz, el terror de los planetas. No nos sentimos seguros más que en el espacio; es el único lugar en que somos felices.  
-¿Y no se siente usted así ya?  
-Ciertamente no. No recuerdo siquiera haberme sentido de esa manera. Es así, ¿sabe usted? El Edil me sometió a la psicoprueba para quitarme la sensación de ansiedad y no se preocupó de establecer los controles de intensidad. Creía que sólo tenía que curar una perturbación reciente y superficial, y en lugar de eso se trataba de una ansiedad profunda y arraigada de la que no sabía nada. Lo liberó todo. En cierto modo valía la pena de liberarse de eso, aunque con ello se fuese mucho más. Ya no necesito permanecer en el espacio. Puedo regresar a Tierra. Puedo trabajar en ella y Tierra necesita hombres. Siempre los necesitará.  
-¿Sabe usted por qué no podemos hacer por Tierra lo que estamos haciendo por Florina? -preguntó Junz-. Porque no hay necesidad de inducir en los habitantes de Tierra un estado de temor e inseguridad. La Galaxia es vasta.  
-No -dijo Rik con vehemencia-. Es un caso diferente. Tierra tiene su pasado, doctor Junz. Hay mucha gente que quizá no lo crea, pero nosotros, los habitantes de Tierra, sabemos que Tierra era el planeta original de la raza humana.  
-Bien, quizá. No podría decirlo, de una u otra forma...  
-Lo era. Es un planeta que no se puede abandonar; no

debe abandonarse, Algún día haremos que su superficie vuelva a ser lo que en otros tiempos tiene que haber sido. Hasta entonces..., seguiremos allí.

-Ahora soy un habitante de Tierra -dijo Valona. Rik tenía la vista fija en el horizonte. Ciudad Alta era tan deslumbrante como siempre, pero los habitantes se habían marchado.

-¿Cuánta gente queda en Florina? -preguntó.

-Unos veinte millones -respondió Junz-. Trabajamos despacio pero sin descanso. Tenemos que equilibrar la retirada. La gente que queda tiene que mantenerse siempre como una unidad económica durante los meses que restan. Desde luego, la reinstalación está en su fase inicial. La mayoría de los evacuados están todavía en campos provisionales en mundos vecinos. Hay dificultades inevitables.

-¿Cuándo se marchará el último habitante?

-Nunca, en realidad.

-No lo entiendo.

-El Edil ha pedido oficiosamente permiso para quedarse. Le ha sido concedido, oficiosamente también. No será objeto de registro público.

-¿Quedarse? -dijo Rik escandalizado-. Pero... ¡por toda la Galaxia! ¿Por qué?

-No lo sé -dijo Junz-. Pero creo que usted lo ha explicado al hablar de Tierra. Siente lo mismo que usted. Dice que no puede soportar la idea de dejar a Florina morir sola.

## **FICCIONWEB**

Francisco Hernández

fictionweb.4t.com

[fictionweb@yahoo.com](mailto:fictionweb@yahoo.com)